

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

Caja 1

Foll. 37

COMPañERITO

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA  
FACULTAD DE DERECHO Y LETRAS

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES

# Ediciones de "LA PLUMA"

## Serie 1

### VOLÚMENES PUBLICADOS

1. E. MARQUINA: *Agua en cisterna.*
2. G. DE NERVAL: *Silvia.*
- 3 y 4. F. SCHLEGEL: *Lucinda.*
5. L. FERNÁNDEZ ARDAVÍN: *El Hijo.*
6. VÍCTOR CATALÁ: *La Madre Ba-  
llena.*
7. C. RIVAS CHERIF: *Un camarada  
más.*
8. RAMÓN M. TENREIRO: *El loco  
amor.*
9. LUIS Y AGUSTÍN MILLARES: *Com-  
pañerito.*

# COMPAÑERITO

---

Es propiedad.  
Copyright by «Ediciones de LA  
PLUMA». 1921.

---

86-3 (A6.85)

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES

# COMPAÑERITO



EDICIONES DE «LA PLUMA»

MADRID

1921

REVISTA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



---

Imp. Artística de Sáez Hermanos. Norte, 21, tel. 17-65 ]

*Al Príncipe Eduardo.*





Sala de *recreación* del Hospital de San Juan de Dios, hospital de provincias en que se juega a la beneficencia. Pocos recursos, higiene primitiva, medicinas a cucharadas por horas. La verdadera cura que se hace es la cura de almas por oraciones, también por horas, como las medicinas. Alma rebelde se abandona y se la desprecia, adelantándose al juicio final. Todo hecho con la mejor buena fe, con tan candorosa ceguera que dan ganas de dar la mano a aquellas buenas señoras para que no tropiecen en la escalera de los cielos. Mucho blanco en las paredes, en las cortinillas; mucho lustre en el suelo; ni un grano de polvo en los muebles; flores de trapo; cromos de milagros. En sitio preferen-

te, un retrato al crayón, del señor Obispo. El edificio da la impresión del limbo. Todo es infantil, pero con esa infantilidad cruel de los niños que ahogan un pájaro en sus juegos.

SOR CLARA.—(*La Superiora es mujer guapa, de cuarenta años, recuerda algo la imagen de Santa Teresa después de comer; carne blanca y abundante que el hábito comprime como una florescencia del pecado. Su mayor preocupación es apretarse el seno; en cambio, el vientre resulta enorme por el contraste con la planicie pectoral. Su rostro bondadoso revela una visión intelectual muy limitada.*) ¿Ha terminado usted, hermana?

SOR MERCEDES.—(*La Secretaria es una jovencita muy delgada, pecosa, de aspecto enfermizo, que tose frecuentemente.*) Aún no, sor Clara. Son cin-

cuenta jaculatorias y estoy en la treinta y cinco. «Por aquellos que cometieron el pecado de la indiferencia...»

EL ADMINISTRADOR.—(*Un señor muy pulcro, correctamente afeitado, mejillas carminosas, dientes de ratón, labios estrechos. Usa traje de galán joven con chaleco blanco, americana y pantalones grises, sombrero de paja y quitasol blanco. Fuma con tenacillas, sin tragar el humo.*)—¿Qué es eso, sor Clara, eso que escribe sor Mercedes?

SOR CLARA.—Es una novedad muy piadosa que me recomiendan los superiores. Figúrese usted, señor Administrador: ésta es una lista con cincuenta jaculatorias numeradas...; vea usted... Cada número corresponde al de una de estas fichas de lotería. Éstas se colocan en una cajita...; vea usted la caja..., con dos compartimientos. La caja y la lista se fijan junto a

una puerta que sea paso obligado de personas piadosas. Como quien toma agua bendita se extrae una bola de un compartimiento y se deposita en el otro. Su número corresponde a otro en la lista..., por ejemplo, el veintisiete...

SOR MERCEDES (*leyendo*).—«Por los que pecaron por distraerse en la oración...»

SOR CLARA.—Eso es. Se reza un Padrenuestro y un Avemaría y eso lleva ganado un alma del Purgatorio.

ADMINISTRADOR.—Muy ingenioso. Es como una lotería... Se saca una bola..., se canta...

SOR CLARA.—Así la llaman: la lotería de Animas. La invención nos viene de Francia y muy recomendada. Parece que allí hace milagros.

ADMINISTRADOR (*sacando distraídamente una bola*).—¡Veintidós!

## COMPAÑERITO

SOR MERCEDES (*riendo y sin poder contenerse*).—¡Los dos patitos!

SOR CLARA (*que nunca ha jugado a la lotería*).—¿De qué patos habla, sor?

SOR MERCEDES (*avergonzada y tosiendo*).—Perdone, madre, ha sido una broma de mal género.

ADMINISTRADOR.—No se apure usted, sor Mercedes.

SOR MERCEDES.—No sé cómo fué..., una tontería..., un recuerdo del mundo...

SOR CLARA.—Cálmese..., no sea tan nerviosa... Ya está usted tosiendo. ¡San Blas bendito!

SOR CECILIA.—(*Una indiferente seca y sin hojas; habla en la puerta*). Señora Superiora...

SOR CLARA.—¿Qué hay, hermana?

SOR CECILIA.—El sacristán de San Marcos desea hablarle. Trae mucha prisa.

SOR CLARA.—Que pase..., que pase...

SOR CECILIA.—Pase usted; por aquí.

SACRISTÁN.—(*Muy ligero de piernas, vivo de ojos, gran movilidad de fisonomía, manos en agitación constante, barba fuerte, afeitada, que forma sombra azul en las mejillas; vestido negro, con chaleco que sube hasta el cuello.*) Buenos días, sor Clara; buenos, sor Mercedes...; buenos, don Dionisio...

ADMINISTRADOR.—Respire, hombre, respire... viene ahogado.

SACRISTÁN.—Es cosa de mucha prisa... Me envía el señor Cura...

SOR CLARA.—Siéntese... hable despacio... ¿Qué quiere el señor Cura?

SACRISTÁN.—Pues verá... Fuimos a administrar a una mujer que está dando las boqueadas, al extremo de arriba del callejón del Agua... y ya en la puerta, los vecinos, arrodillados, levántase una y grita al señor Cura

## COMPAÑERITO

(grandes gestos y voz de falsete): «¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! ¡Deténgansel!»

SOR CLARA.—¡Jesús, María y José!

SACRISTÁN.—Pues nada... Que el señor Cura se detiene a tiempo de enterarse de que la... *interfeta* lleva mala vida... vida pecaminosa... (*Las hermanas no entienden.*) ¡Que tiene un jembrol!

SOR CLARA.—¡Ave María purísima!

SACRISTÁN.—Ustedes perdonen... Salió el señor Cura como alma que lleva el diablo... es decir... quiero decir... angustiado por el peligro de sacrilegio en que estuvimos *prósimos* a caer por *inorancia*... y aquí me envía para que ustedes envíen una camilla donde traigan la enferma para administrarla en el Santo Hospital. Es un caso de responsabilidad grave...

SOR CLARA.—Cierto, ciertísimo. Sor

Mercedes, ¿quiere usted avisar que preparen la camilla?

ADMINISTRADOR (*con cierta timidez*). —¿Por qué no avisa usted antes al médico? Ya sabe que no le gusta que den entrada a los enfermos sin contar con él.

SOR CLARA.—En otros casos podrá tenerse en cuenta esa formalidad; pero en éste no es posible. ¿Cuál no sería mi responsabilidad si esa mujer muriese en pecado mortal? ¿Y la de usted, señor don Dionisio?

ADMINISTRADOR.—No; si yo no me opongo. Lo decía porque conozco a don Lorenzo y sé que no le gustan los casos desesperados. Le estropean la estadística.

SOR CLARA.—La verdadera estadística es la de los salvados y condenados por la eternidad. ¿Qué espera, sor Mercedes? Vaya pronto. Y usted (*al*



COMPAÑERITO

*Sacristán*), amigo Deogracias, haría obra de cristiano en acompañarles y guiarles.

SACRISTÁN.—¡Pues no faltaba más! Para eso he venido... yo les llevaré y volveré con ella... Es un caso de *conciencia*. Buenos, sor Clara... buenos, señor... don Dionisio. (*Al salir tropiezo con una mujer de aspecto miserable que se ha detenido en el umbral.*) Perdone, hermana. ¡Ah! ¿Es usted, Barbarita? ¿Y cómo está el Compañerito?

BARBARITA.—Más *pa* la muerte que *pa* la vida. Aquí le tenemos ahora.

SACRISTÁN.—Pues no sabía. Todo sea por Dios. Aliviarse, Barbarita..., que eso no sea nada... (*Y sale como entró.*)

(*Barbarita queda en la puerta. Es mujer de cuarenta años; pero los golpes de la vida la han llenado de cardenales; parece de sesenta, arrugada y flaca,*

*muy morena, casi verdosa, el traje miserable, tan miserable que parece sucio; un viejo sobretodo cubre una cabeza gris; los zapatos están deshechos; no son de ella; han sido de un caballero que le hizo limosna; no lleva medias, y, sin embargo, en el rostro, en los ojos sobre todo, hay un tinte de resignación y de tristeza que ilumina su miseria.)*

SOR CLARA.—¿Qué se ofrece, Barbarita?

BARBARITA. — ¿Me da permiso *pa* entrar?

SOR CLARA.—¿Aquí o en la sala?

BARBARITA.—En la sala, madrita; en la sala *pa* ver a mi pobre Compañerito.

SOR CLARA.—Siempre pide usted lo mismo. Mientras más se le concede, más pide...

BARBARITA. — ¿Y qué quiere que haga, madrita?

SOR CLARA.—Conformarse con la divina voluntad. Ya sabe usted que en la sala de hombres no pueden estar todo el día las mujeres.

BARBARITA.—Jesús, madrita, si yo soy una vieja. ¿Quién me mira?

SOR CLARA.—Ya sé que es usted una mujer de bien, honrada y compasiva con su pobre marido; por eso la he permitido la entrada con más frecuencia que a otras. Pero no se puede abusar. Además, el médico se enfada porque traen ustedes porquería.

BARBARITA. — Eso no. Yo vengo limpia...

SOR CLARA.—No hablo de limpieza del cuerpo. Que traen ustedes microbios...

BARBARITA (*que se figura es algo de comer*).—Eso quisiera. Yo no traigo

sino palabras. Mire el cesto vacío. Puede registrarme.

SOR CLARA.—Vaya, entre; pero no abuse...

BARBARITA.—Dios se lo pague, madrita...

SOR CLARA (*al Administrador*).—Es una buena mujer. El marido es un viejo con una enfermedad del corazón, y ella los ratos en que no trabaja se los pasa junto a su cabecera, ahuyentándole las moscas y hablándole.

ADMINISTRADOR.—Sí, es una buena mujer, y tienen ocho hijos, y dos se murieron y otros dos se marcharon a Buenos Aires. ¡Pobres viejos!

SOR CLARA.—Yo quise colocarlos en las Hermanitas de los pobres; pero no quieren separarse. Lloraban como niños.

## COMPAÑERITO

ADMINISTRADOR. — Es interesante. ¡Quererse tanto, y a la vejez!

SOR CLARA. — En cualquier edad esa exageración no me es simpática. Amor... a Dios.

ADMINISTRADOR. — Eso es lo primero. A Dios sobre todas las cosas.

SOR CECILIA. — ¿Sor Clara?

SOR CLARA. — ¿Qué dice, hermana?

SOR CECILIA. — Una señora que dice es recomendada por don Atanasio el Cura de Vega Honda, desea hablarla.

SOR CLARA. — Todo sea por Dios. Dígala que pase.

ADMINISTRADOR. — Si viene de Vega Honda malos caminos habrá atravesado. Más de ocho leguas por riscos y barrancos.

SOR CLARA. — Don Atanasio es un gran protector de la casa. Nunca deja de enviar la fruta que no puede venderse. Hace poco envió una carga de

manzanas que no quisieron admitir en el mercado; pero sor Adelaida las guisó, y tuvieron las chicas postres para ocho días.

ADMINISTRADOR.—¿Recibió usted la leche y el pan que decomisaron en la plaza?

SOR CLARA.—Sí, señor, y también el pescado que decían averiado. Se lavó a chorro e hicimos albóndigas. Un regalo para convalecientes. Ese Regidor que tenemos ahora parece persona de escrúpulos. Eso nos ha permitido costear los trajes de los ángeles que figurarán en la función del Custodio.

*(Entra doña Pepita La Redonda. Es una mujer de cincuenta años; pero el egoísmo la ha conservado en hielo. Es bastante gruesa, blanca, viste de merino negro con pliegues talares y mantilla blanca que encuadra al rostro. Éste*

*es redondeado, doble mentón, labios pálidos, nariz chata, ojos pequeños de párpado entornado, ceja escasa y frente baja. Parece una llanura caliza, inexpresiva y cruel como el disco lunar.)*

LA REDONDA.—Ave María purísima. ¿Se puede hablar con la señora Superiora? (*La voz estira y silba las eses; ella cree que es una cualidad eclesiástica.*)

SOR CLARA.—Pase usted, señora; pase usted.

ADMINISTRADOR.—Me voy. Adiós, sor Clara.

SOR CLARA.—Hasta mañana, señor Administrador.

LA REDONDA.—Perdónenme sus señorías; pero ¿es el señor Administrador?

ADMINISTRADOR.—Servidor de usted, señora.

LA REDONDA.—Pues también para

usía traigo carta del señor Alcalde.

SOR CLARA.—Siéntese usted.

ADMINISTRADOR.—A ver.

LA REDONDA (*sacando del cesto*).—  
Esto es un regalito de bollos de alma  
para las hermanitas. Una poquedad...  
una miseria.

SOR CLARA.—Muchas gracias, se-  
ñora.

LA REDONDA.—Al señor Adminis-  
trador le llevarán un cabrito.

ADMINISTRADOR. — Señora... ¿por  
qué?

LA REDONDA.—Por buena y pobre  
voluntad. Aquí tiene usía la carta del  
señor Alcalde, y para usted, madrita,  
la del señor Cura. Sírvanse leerlas.

*(Sor Clara y el Administrador pro-  
ceden a la lectura; de vez en cuando al-  
zan los ojos y miran a la Redonda, que  
tiene todo el aspecto enigmático del dis-  
co lunar. Los párpados bajos, ocultan-*



*do los ojillos, y la escasa prominencia de la nariz aumentan la sensación de planicie.)*

ADMINISTRADOR.—Pues usted dirá, porque mi amigo don Matias se limita a recomendarme su persona y garantizar la honradez de su propósito. Gran elogio hace de usted.

SOR CLARA.—Como don Atanasio. Ya sé que es usted persona muy cristiana. Diga usted...

LA REDONDA.—El mío es un caso de conciencia que he consultado con quien podía aconsejarme antes de dar este paso. *(Con gran orgullo.)* Yo soy una mujer honrada a carta cabal y cristiana. Dios, sin saber por qué, alabada sea su santa voluntad, me ha castigado con un marido que me ha dado muchos disgustos, muchos, muchos. Porque yo me casé de treinta años con maestro Juan Perdomo, un

buen zapatero, que trabajaba en casa de maestro Alejo, que usías recordarán. Y yo cumplía con todos mis deberes...; en una ocasión le soporté una borrachera del lunes de Carnaval y le hice café fuerte y le puse en las sienes rodajas de limón, y en fin... que íbamos pasando la vida, y hasta había conseguido que fuese a misa los domingos y demás días de precepto. No había zapatero más limpio en toda la ciudad: su camisa aplanchada, su chaleco de terciopelo, su cachorra de tirolés, su ropa negra para Semana Santa y finados... su petaca con tabaco habano, y en el bolsillo nunca le faltaba una peseta. Todos conocían a maestro Juan Perdomo. ¿No se acuerdan usías de él?

ADMINISTRADOR.—¿No era uno que le llamaban el Redondo?

LA REDONDA.—El mismo, señor Ad-

ministrador. Le llamaban el Redondo porque a mí me llamaban de soltera la Redonda.,. Dicen que tenía buenas carnes, aunque eso sean pompas y vanidades humanas. Pues sucedió que un día se escapó para Tenerife y me dejó sola. Al pronto me quedé como quien vé visiones, porque no había motivo mayor de riña, como no fuera que yo le sujetaba un poco por su bien. Yo tenía algunos bienecillos en Vega Honda y ayudaba a la casa, planchaba y hacía dulces, que aprendí de esto en el convento de las Claras; era la economía con faldas, y además era bien parecida. ¿Qué más podía pretender aquel hombre? Al fin recibí una carta suya, firmada por otro, porque él no sabía de letras, y en ella me decía... ¡admírense usías!, aquí está, la traigo como comprobante... (*Abriendo una cartera de chagrin*

*negra y usada, de donde rebosan los papeles.*) Perdónenme, ésta es la cédula..., la partida de bautismo y la de casamiento..., el certificado de las velaciones...

ADMINISTRADOR.—¿No le parece a usted, señora, que podíamos prescindir de esos detalles?

LA REDONDA.—Todo tiene su importancia, señor. Y yo quisiera, si no es abusar, que usía conociese todos los antecedentes. Es caso de conciencia. Esta es la escritura de compra del Hoyo de Ortiz; esto no importa...

ADMINISTRADOR.—¿Ha comprado usted el Hoyo de Ortiz?

LA REDONDA.—Sí, señor; ¿conoce usía la finca?

ADMINISTRADOR.—De nombre y con elogio... Gran finca de almendros.

LA REDONDA.—La mejor pipa del mundo. Aquí está...

## COMPAÑERITO

ADMINISTRADOR (*conquistado por la pipa*). — Veamos. Debe ser interesante.

LA REDONDA (*desdoblando un papel mugriento*). — «Mi estimada esposa.» Bueno... iremos a lo más importante; esto... dice. *Fíjense*: «Me figuro te habrás quedado fría cuando te dijeron mi marcha. Yo no me atreví a decírtelo porque me daba cortedad, y además porque sabía que no me dejarías marchar. Hacía mucho tiempo que lo pensaba: era como si me hiciesen cosquillas, y yo mismo no entendía por qué. Yo todavía no lo entiendo.» *Fíjense*: «Tú siempre me trataste bien, mejor que lo que yo merezco; pero no podía hacerme a ti. No era porque no me dejaras beber los lunes, por más que lo echaba de menos, ni era porque me hicieras fumar tabaco habano en vez de virginio, que es más fuerte

y de mi gusto... No sé por qué era; pero no estaba bien, sentía como frío y cortedad; muchas veces, antes de entrar me quedaba en la calle y me entraban ganas de echar a correr...»

*Fijense:* «Y eso estaba muy mal, porque tú siempre me hiciste bien. Ahora trabajo de oficial en la zapatería de Costa, y me pagan mal. Si me vieras de sucio y roto, te daría asco, sobre todo el lunes, cuando echamos unas copas. Ya no me afeito. Ahora fumo virginio. Pero...» *Fijense:* «Aunque me da vergüenia decírtelo, estoy muy contento. Me prestaron una guitarra, que ya sabes lo que me gustaba tocarla, y tú me lo prohibiste. Si no te sirve de molestia mándame la mía, que la tiene Antoñita Socorro. Te pide perdón y besa tus pies..., tu esposo, que te respeta y siempre te recordará, Juan Perdomo.» *Fijense* «Post-

data: Me parece que el no congeniar contigo es porque te tengo mucho respeto, porque eres demasiado para mí. Como si fueras un sacerdote y yo un pecador. También me parecías un juez, y también me parecías un guardia municipal. En fin, que no sé.»  
*Fijense... (Silencio.)*

ADMINISTRADOR. — No parece ser muy mala persona.

SOR CLARA. — ¡Pobre hombre...! Sin duda no supo resistir la tentación.

ADMINISTRADOR. — Y por lo visto, ¿no se ha arrepentido?

LA REDONDA. — Durante veinte años me ha hecho sufrir. Otra cualquiera se hubiera desesperado, hubiera reclamado en justicia, por su buen nombre, por su dignidad. Yo... nada.

ADMINISTRADOR. — Eso es muy noble.

SOR CLARA.—Dios se lo tendrá en cuenta.

LA REDONDA.—Así lo espero. Veinte años he permanecido viuda. Desde los treinta me abandonó. (*Con cierto orgullo.*) Tengo cincuenta.

ADMINISTRADOR.—No lo diría nadie, está usted fresca, ni canas ni arrugas.

LA REDONDA.—No será por falta de sufrimientos.

SOR CLARA.—Más padeció la divina Madre de Cristo.

LA REDONDA.—Así me lo decía mi segundo padre, don Antonio del Alamo.

SOR CLARA.—¿El señor Cura de Andux?

LA REDONDA.—El mismo santo varón. Con él viví para servirle hasta su muerte, y alguna confianza tuvo en mi poco mérito cuando me dejó en herencia el cortijo de Novaldes.



## COMPAÑERITO

ADMINISTRADOR.—Muy señora mía. ¡Una gran finca! Los quesos de Novaldes no tienen rival.

LA REDONDA.—Ya los probará el señor Administrador. Además, esa finca pienso quede a mi muerte a este santo hospital.

SOR CLARA.—¡Oh, señora; el cielo será su recompensa! Buena necesidad tenemos de almas generosas.

ADMINISTRADOR.—Admirable. Ese rasgo la pinta a usted. Siga usted, me interesa extraordinariamente su historia.

LA REDONDA.—Pues verán ustedes. Yo nunca he olvidado que existe en la tierra un ser al que me unió con lazo indisoluble nuestra Santa Madre la Iglesia, y he hecho muchas tentativas para hacerle volver a' camino de la virtud y del honor. Todo ha sido inútil.

ADMINISTRADOR.—¡Canalla!

SOR CLARA.—¡Veinte años en pecado mortal!

LA REDONDA.—Mortal, usted lo dijo, madrita, hace vida... nefanda con otra mujer.

SOR CLARA.—¡Jesús!

ADMINISTRADOR.—¡Pobre señora!

LA REDONDA.—Y han tenido hijos..., muchos hijos..., seis u ocho... no sé..., varones, hembras...

ADMINISTRADOR.—Hijos del pecado.

SOR CLARA.—Esa es la vida del siglo..., ésa..., el pecado...

LA REDONDA.—Por fin he sabido que ella y él han venido a Canaria a buscarse la vida, pues la miseria les comía. Él, que tiene cinco años menos que yo, dicen que parece un viejo. Y aquí está mi decisión: he hecho el viaje para redimirlo, para llevármelo a Vega Honda, para sentarlo por el

## COMPAÑERITO

día en un sillón al sol y acostarlo en una cama sahumada por la noche, para asearle como Santa Isabel de Hungría a los leprosos, para darle de comer y levantar su alma a los cielos, y así prepararlo para la vida eterna.

ADMINISTRADOR.—¡Admirable! ¡Eso es digno de escribirse en los periódicos!

SOR CLARA.—Es usted una mujer cristiana. Es un alto ejemplo en estos tiempos, en que la calumnia nos persigue. Gran consuelo es para mí.

LA REDONDA. — Me complace la aprobación de usías, y no esperaba otra cosa. No elogien lo que es cumplimiento de un deber de conciencia. Es mi marido; me lo confió nuestra Santa Madre la Iglesia por medio de un sacramento, y es mi obligación salvar su alma. A eso vengo.

ADMINISTRADOR.—Permítame usted

que le dé la mano. Soy su servidor y su admirador.

LA REDONDA.—Me avergüenza usía. Soy una pobre mujer sin educación.

ADMINISTRADOR (*protestando virilmente*).—¡Ca, ca! Ya la quisieran las damas encopetadas.

LA REDONDA.—Por Dios, señor don Dionisio.

SOR CLARA.—Tomará usted un ligero refrigerio, un bizcochito con vino..., un vaso de leche..., un caldo...

LA REDONDA.—Si la señora superiora me lo permite, preferiría una taza de caldo del que toman los enfermos...

ADMINISTRADOR.—¡Qué santa humildad... Esa, esa es la verdadera mujer del Evangelio!

SOR CLARA (*llamando en la puerta*).—¡Sor Mercedes...! Venga. Diga usted que preparen una taza de caldo... y un

## COMPAÑERITO

poco de vino generoso con un bizcocho...

LA REDONDA.—Eso es demasiado...

SOR CLARA.—Los tenemos frescos. (*Bajo a sor Mercedes.*) Que le pongan al caldo una yema de huevo... Vaya usted, hermana.

LA REDONDA.—Y ahora concluyo por donde debía haber empezado. Puesto que aprueban mi determinación, me ayudarán a cumplirla.

ADMINISTRADOR.—Conmigo cuente usted para todo.

SOR CLARA.—Diga usted, hermana..., ¡ah! perdone..., quise decir señora.

LA REDONDA.—¡Oh! si eso fuese posible. ¡Ese ha sido mi sueño! ¡Hermana de usía! Pero soy casada..., vieja..., ¡oh! Si alguna vez enviudo (Dios le conserve la vida), viviré con ustedes, si me lo permiten; haré vida de reli-

giosa y mi pequeña fortuna será de esta santa Hermandad.

ADMINISTRADOR.—Ya la administraremos bien... ¡Quién sabe!

SOR CLARA.—Respetemos los altos juicios de Dios.

LA REDONDA.—Eso es. Él sabe lo que nos conviene. Pues, como iba diciendo a usía, mi marido está aquí.

ADMINISTRADOR.—Sí. Ya lo dijo usted. Vino a Las Palmas con esa mala hembra.

LA REDONDA.—No; digo que está aquí.

ADMINISTRADOR.—¿Aquí?

SOR CLARA.—¿En el hospital?

*(Gesto afirmativo de La Redonda y estupor en los otros. Don Dionisio queda con la boca abierta y el índice señalando al pavimento. Con su rostro barnizado parece una escultura valenciana de un San Juan en éxtasis meloso.)*

## COMPAÑERITO

SOR CLARA.—Pero ¿está usted segura? (*La luna afirma con su silencio plácido.*) ¿En la enfermería? (*Y de nuevo, más que el gesto, la inmovilidad del rostro afirma.*) Pero, ¿cómo se llama?

LA REDONDA.—Juan Perdomo, más conocido por El Redondo, ya tuve el honor de decirlo.

ADMINISTRADOR.—Me he quedado extático.

SOR CLARA.—¡Juan Perdomo! ¡El Redondo! ¡Sor Cecilia! (*Entra sor Mercedes con el caldo.*) ¿Quiere usted llamar a sor Cecilia? Déme usted... No le conozco..., es claro, nosotras no preguntamos los nombres. ., son hermanos enfermos, y eso basta.

ADMINISTRADOR.—Tome usted el caldo, señora. Debe usted estar muy emocionada.

LA REDONDA.—Muchas gracias. Estoy tranquila. Mi vida me ha dado re-

sistencia para soportar los dolores.

SOR CLARA.—Diga usted, sor Cecilia; ¿conoce a Juan Perdomo? ¿Un enfermo que debe estar en la sala de Santo Tomás o en la de San Roque... no sé...?

SOR CECILIA.—¿Juan Perdomo? Si quiere la señora superiora me enteraré... Juan se llamaba el tísico que murió el martes.

LA REDONDA.—¿Murió? ¿Dice usted que murió, hermanita?

SOR CLARA.—Sí; pero no recuerdo si era Perdomo... Un chico como de veinte años.

LA REDONDA.—No, no es ese. (*Sigue tomando a sorbos el caldo.*)

SOR CLARA.—Vaya usted, hermana, y pregunte. (*Sale sor Cecilia.*)

ADMINISTRADOR.—Debió usted sufrir un choque muy fuerte cuando la hermana dijo que había muerto.



## COMPAÑERITO

LA REDONDA.—Sí, señor; fué como un vuelco... Morir sin arrepentimiento, sin mi perdón...; no por lo que valga mi perdón, sino porque es necesario para obtener el de Dios.

SOR CLARA.—¡Qué cosas! ¡Qué complicaciones en la vida por los mismos hombres creadas!

LA REDONDA (*devolviendo la taza*).—Riquísimo. Tiene un sabor muy agradable a huevo.

ADMINISTRADOR (*inocentemente*).—Como que es de gallina. Fijese.

SOR CECILIA.—¿Sor Clara?

SOR CLARA.—¿Le encontró usted? ¿Quién es?

SOR CECILIA.—Es el enfermo del número uno de San Roque.

SOR CLARA (*recordando*).—El número uno.

ADMINISTRADOR (*recordando*).—¿El uno...?

SOR CECILIA.—Un viejo que padece del corazón... Ese que llaman Compañerito,

SOR CLARA.—¿Cómo? ¿Qué me dice?

ADMINISTRADOR (*saltando*).—¿Compañerito?

SOR CLARA.—Ese..., ese viejecito..., el marido de... Barbarita, de esa..., digo, no es el marido... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús divino!

ADMINISTRADOR.—¿Está segura, sor Cecilia?

SOR CECILIA.—Segura.

SOR CLARA.—¡No es posible! Usted se equivoca. Si son los viejecitos más buenos que he conocido... Si se quieren. Es la pareja de que hablaba a usted hace poco.

ADMINISTRADOR.—Sí; los que no quisieron ir al Asilo por no separarse.

SOR CLARA.—¡Tienen ocho hijos!

LA REDONDA.—Me parece que es mi esposo.

SOR CLARA.—Sor Mercedes, busque usted el libro de entradas..., pronto... ¡Pero, Señor..., de quién puede fiarse un alma cristiana! Si éstos me han engañado, digan ustedes que es para desesperar de todo. Vamos, que no lo creo... ¿Ha encontrado usted, sor Mercedes?

SOR MERCEDES.—Juan Perdomo Arencibia, cuarenta y dos años, *casado*.

SOR CLARA.—¿Ven ustedes?

ADMINISTRADOR.—Sí; pero puede ser casado con otra.

SOR CLARA.—Siga..., siga.

SOR MERCEDES.—Con Bárbara Umpiérrez García, de Santa Cruz de Tenerife...

LA REDONDA.—La misma que viste y calza.

ADMINISTRADOR (*queriendo hacer un chiste que él solo aprecia*).—Pues viste y calza muy mal.

SOR MERCEDES (*muy bajo golpeándose los nudillos*).—De buena ley... (*Por fortuna no la oyen*.)

SOR CLARA.—(*Su semblante ha cambiado de expresión repentinamente; una rigidez cruel fija y pronuncia arrugas no sospechadas en su rostro regordete y plácido. Da la impresión de un campo de trigo después de haber pasado una nube de cigarras*). ¡Sor Cecilia, traiga usted a Barbarita aquí!

(*Hay un silencio trágico. Se oye un choque cristalino de cuentas de rosarios y medallas estremecidos por la cólera, la cólera terrible de los justos ante el pecador. La Redonda, con el disco de la luna, ilumina fría y cruel el campo devastado por las cigarras.*)

(*Don Lorenzo Pasamontes, el médico*

## COMPAÑERITO

*del Hospital, entra enfundado en su levita, con la chistera en la nuca, encurvado atrás el corto espinazo, llevando delante el vientre voluminoso como un bombo, lo cual le da la apariencia orgullosa de un músico militar en día de revista. Rostro enrojecido, patillas ralas, párpados inclinados y colgantes.)*

DOCTOR.—¿Me dirán ustedes adónde llevan la camilla con tanta prisa?

ADMINISTRADOR.—Doctor, se trata de una gran necesidad..., muy grande..., una mujer moribunda...

DOCTOR.—¡Eso es! Me lo figuraba. Un muerto más. ¡Buena fama va adquiriendo la casa! ¡Y todo esto sin contar con el médico! ¡Yo no soy nadie aquí!

ADMINISTRADOR.—Pero, déjeme usted explicarle...

DOCTOR.—¿Para qué, señor administrador? Cualquiera día voy a encargarme

que envíen doce camas nuevas, que buena falta hacen, para ver lo que usted dice.

SOR CLARA.—Perdone usted, don Lorenzo, es cosa mía. Se trata de una mujer en pecado mortal..., una mujer que vive de mala manera..., con un hombre que no es su marido. ¡Parece que esto es cosa corriente!

DOCTOR (*más suave*).—¿Qué le pasa a usted, sor Clara?

SOR CLARA.—Nada, que parece que hoy el diablo hace de las suyas. ¿Sabe usted lo que ocurre? Que ese hombre, ese que llaman ustedes Compañerito...

DOCTOR.—¿Se ha muerto?

SOR CLARA.—Peor. Digo..., no... peor no. Que resulta que no es casado con Barbarita.

DOCTOR.—No me extraña.

SOR CLARA.—¿Lo sabía usted?

DOCTOR.—No. Pero ahora me explico por qué se quieren tanto.

SOR CLARA.—No diga usted tonterías. Hoy no estamos para bromas. ¡Yo tan inocente que le he permitido la entrada fuera de los días de visita!

DOCTOR.—Eso le está a usted bien empleado. Si se ajustaran a mis mandatos no pasaria eso. La familia, en la calle; el enfermo, aquí, solo. Régimen hospitalario. Es el que da mejor estadística.

SOR CECILIA.—Aquí está Barbarita. *(¡Oh! ¡Qué contraste entre Barbarita, vieja, encorvada por su inferioridad, un guiñapo lamentable, y La Redonda, brillando en la altura como el fondo de una cacerola pulimentada!)*

SOR CLARA.—Venga usted acá. Ahí, en el centro. Míreme de frente.

BARBARITA.—Ya la miro, madrita. ¿Por qué me habla así? Yo no he he-

cho *na* malo. No traje comida *pa* mi compañerito. ¡Se lo juro por el divino Dios!

SOR CLARA.—Calle usted, engendro de maldades... no mienta, no condene más su alma...

BARBARITA.—¡Ay, madrita... yo se lo confieso *too...*, *toíto!* Es cierto: le traigo *toos* los días una copita de rom... una copita *na má*.

SOR CLARA.—¿Qué me importa eso?

BARBARITA.—Pues no ha habido *má*. Si otra cosa le dijeron la engañaron. Gente que quiere perjudicarme. El otro día el número dos, porque quería beber de lo que yo traía a mi compañerito...

SOR CLARA.—No emplee más esa palabra... por algo me sonaba mal.

BARBARITA.—¿Pues cómo quiere que le diga?

SOR CLARA.—Atienda y avergüen-



## COMPAÑERITO

cese. ¿Conoce usted a esta señora?  
(*Es La Redonda.*)

BARBARITA.—En jamás de los jamases la *vide*. Nunca pude hacerle mal *nenguno*...

SOR CLARA.—¿Está usted segura?

BARBARITA.—Como de mi salvación.

SOR CLARA.—Dice usted bien. Esta señora es la esposa legítima de Juan Perdomo.

DOCTOR.—¡Holal! ¡Un drama!

(*Barbarita la mira con curiosidad; ningún otro sentimiento revelan su boca abierta y sus ojillos tiernos.*)

BARBARITA.—¿Que... que esta señora es... como quien dice la mujer de mi Compañerito?

LA REDONDA.—La misma, hija mía.

BARBARITA.—Y parece buena señora.

SOR CLARA.—¿Y se queda usted tan fresca?

BARBARITA.—¿Pues qué quiere que le diga, madrita?

SOR CLARA.—¿Pero no le da a usted vergüenza?

BARBARITA.—¿Vergüenza? ¿De qué?

SOR CLARA.—No tiene idea de nada. Es una mujer perdida.

BARBARITA (*revolviéndose*).—Yo no soy una mujer perdida, madrita, y *naide* podrá decirlo. Que llamen a *too* el mundo *pa* que se vea y se sepa que yo no he *conocio* otro hombre que el mío, el mío, mi compañerito.

ADMINISTRADOR.—¡Qué educación!

BARBARITA.—Eso es verdad, don Dionisio, y yo no *ocurto* la verdad. Yo no tengo educación, yo soy una *inorante*; ¿pero honrada? ¡A carta cabal! ¡Por éstas! (*Y besa las cruces digitales con ansia que hace pensar en cómo besaría la boca de Compañerito.*)

LA REDONDA.—No jure, criatura, que eso es pecado.

SOR CLARA.—Pues ya sabe usted, Barbarita: ese hombre no es de usted.

BARBARITA.—¿Que no es mío? ¿Pues no ha vivido en mi compañía veinte años? ¿Pues y los hijos que tenemos?

SOR CLARA.—¿Y se atreve usted a hablar de sus hijos?

BARBARITA.—¿Que si me atrevo? ¿Pues de quién son sino de él? Ocho hijos, madrita, ocho.

ADMINISTRADOR.—¡Esto da asco!

DOCTOR.—¿Por qué será tan fecundo el pecado?

SOR CLARA.—¿Pero usted no entiende que esta señora es su esposa?

BARBARITA.—No le digo que no; pero yo soy su mujer.

SOR CLARA.—¡Es una pagana!

BARBARITA.—¡Y *pa* qué lo quiere ella! Si nunca le ha hecho *farta*, *¡pa*

que lo viene a buscar ahora cuando está muriéndose? Esa señora no puede ser buena, madrita; no lo es, no lo es cuando quiere hacernos ese mal. ¡Mire usted que separarnos ahora, cuando somos viejos, cuando nos *farta* tan poco *pa* morirnos! No, no puede ser eso... (*Rompe a llorar.*)

SOR CLARA.—Se concluyó. Siéntese allí..., allí quieta en un rincón. Sor Cecilia, hágame usted el favor de conducir aquí a Juan Perdomo. (*Barbarita sigue llorando en un rincón; con el sobretodo negro y roto se enjuga las lágrimas y se suena fragorosamente.*) Calle usted, desgraciada; aplique usted este dolor a su purificación.

BARBARITA.—Si no puedo...; si es más fuerte que *too* lo que he *pasao*...

SOR CLARA.—Mejor; más mérito.

BARBARITA.—¡Si a mí se me murió un hijo y no me dolió tanto! ¡Si yo he

COMPañERITO

pasado hambre y trabajos y me han pegao, y naa..., naa como este dolor!

SOR CLARA.—Si no calla usted la echo a la calle.

BARBARITA.—Ya me callo... tenga lástima... usted, madrita, que es un ángel... tenga *piadá*..., soy..., soy un animal.

SOR CLARA (*a La Redonda*).—Perdone usted, señora, este escándalo tan desagradable.

LA REDONDA.—¡Cuánto he sentido la molestia!

*(Se produce un silencio. El médico muerde el puño del bastón; el administrador se limpia las uñas; de pronto, sor Mercedes se aplasta sobre su pupitre llorando desesperadamente. Un profundo estupor se pinta en todos los semblantes; hasta Barbarita se calla.)*

SOR CLARA.—¿Qué le pasa, sor Mer-

cedes? ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto mala?

DOCTOR.—Vaya, vaya; eso no será nada.

SOR MERCEDES.—Perdónenme... déjenme... esto pasará.

DOCTOR.—Una crisis nerviosa..., niñas que no están acostumbradas a la miseria de la vida. Ustedes se han empeñado a educarlas conversando con los Santos. Vaya, a tranquilizarse.

SOR CLARA.—Venga usted... Salga a tomar aire...

SOR MERCEDES.—No, madre, no... Ya pasó..., ya pasó.

SOR CLARA (*a Barbarita*).—¿Lo ve usted...? Usted tiene la culpa... El espectáculo de su maldad, de su insistencia en el pecado, ha impresionado a la hermana.

SOR MERCEDES.—No, sor Clara..., no..., por Dios, no la aflija más...

COMPAÑERITO

BARBARITA (*rompiendo de nuevo en llanto*).—¡Yo tengo la culpa...! ¡Yo soy muy mal!

SOR MERCEDES.—Que no..., que no es eso..., no llore.

BARBARITA (*interrumpiendo*).—¡Que sí..., yo soy la culpable..., la mala!

(*Una a otra se interrumpen inconsolables.*)

SOR CLARA.—Basta..., basta..., así me gusta... arrepentida..., sintiendo dolor..., dolor profundo de haber ofendido a Dios. Eso es bueno.

SOR CECILIA (*con Compañerito en la puerta*).—Aquí está Juan Perdomo, sor Clara.

(*Compañerito es una ruina. Parece un viejo de setenta años, encorvado, con el cabello escaso, barba hirsuta, mal crecida, blanca a trechos. Párpados hinchados, ojillos casi ciegos; un temblor irremediable agita sus manos;*

*arrastra los pies, y las rodillas están fijas en semiflexión. El traje es el de un espantapájaros: cachorra deforme de alas caídas, como un ave negra muerta; chaqueta donde caben dos cuerpos..., como que perteneció al Doctor..., sin chaleco..., camisa entreabierta, donde, entre la lana gris del pecho, se observan granos de picadura de tabaco..., pantalón de dril azul con grandes remiendos..., pies calzados con alpargatas de desecho. Fuma una pipa de barro blanca.)*

SOR CLARA. — Entre usted, buen hombre.

BARBARITA (*en un rincón, sin poderse contener*). — ¡Ay, Compañerito mío!

(*Compañerito queda en el centro sin preocuparse de nadie; probablemente no ve a nadie; sólo tiene un gesto humilde de servidumbre, se quita el sombrero y lo mantiene contra el pecho, entre las*



## COMPAÑERITO

*dos manos temblorosas. El temblor se comunica al sombrero y le da la apariencia de un ave estremecida por la agonía de la estrangulación.)*

ADMINISTRADOR.—Está bueno el Tenorio. (*En voz baja.*)

DOCTOR.—¡Hola, Compañerito!

COMPAÑERITO (*muy bajo*).—Buenos días tenga su merced.

SOR CLARA.—Señor Perdomo... Está usted de enhorabuena... Dios se ha apiadado de usted... de usted, que no lo merece.

BARBARITA (*oficiosamente a sor Clara*).—Háblele alto, madrita, está algo impedido.

SOR CLARA (*elevando la voz*).—Digo que Dios se ha apiadado de usted y le envía, para remediar su miseria, un ángel de bondad ¿Me entiende?

COMPAÑERITO (*en voz baja*).—Sí, madrita.

SOR CLARA.—De hoy en adelante tendrá usted comida sana y abundante, un traje decente, ropa interior limpia, cama blanda y manos honradas que le revuelvan en las miserias de su enfermedad. ¿Me entiende?

COMPAÑERITO (*después de un silencio*).—¡Yo no quiero ir al Asilo!

SOR CLARA.—No irá al Asilo. Irá usted a su casa. Vamos, atienda: Mire usted a esta señora. ¿La conoce? ¿No la recuerda?

(*Compañerito queda perplejo ante la Redonda, la mira como miraría a la luna—sus manos tiemblan—, diríase que tañen arrebatadamente una guitarra invisible. Hay que ver los grandes ojos de sor Mercedes clavados en el grupo; su alma romántica aletea en las pestañas que se agitan como las manos del viejo.*)

LA REDONDA (*levantándose, con tono*

## COMPAÑERITO

*de justo. Un observador sagaz entendería que trae aprendidas las frases.)*

—Soy yo, Juan Perdomo.

COMPAÑERITO. — ¿Y quién es su merced?

LA REDONDA. — Soy Pepita Rodríguez, la Redonda, tu esposa legítima. *(Compañerito tiembla... sus manos estrangulan ferozmente el sombrero.)* Después de veinte años nos volvemos a ver, y nadie al mirarnos podrá dudar de la justicia de Nuestro Señor. En mí todo ha prosperado, porque he sido fiel a la Ley de Dios; en ti todo es miseria y enfermedad, porque la olvidaste.

ADMINISTRADOR *(inocentemente)*. — Muy bien. *(Al médico.)*

LA REDONDA. — No quiere Dios la muerte del pecador, sino su arrepentimiento; y yo, siguiendo su mandato, vengo a ofrecerte mi perdón, mi

modesta fortuna, las comodidades de mi casa, mis servicios de esposa obediente para que Dios me dé su perdón y un puesto en la Gloria.

ADMINISTRADOR.—¡Pero muy bien!  
(*Al médico.*)

DOCTOR.—Cállese, que esto es muy curioso. Déjeme oír.

(*Compañerito ha entendido a medias; lo que le ha llegado adentro es que está en poder de la Redonda y esto le inspira un temor de gato acorralado que busca por dónde escapar.*)

COMPAÑERITO.—¡Barbarita...! ¡Barbarita...! ¡Barbarita...!

BARBARITA.—¡Compañerito mío!

SOR CLARA.—¿Todavía tiene usted en los labios ese nombre del pecado? ¡Compañerito! ¡Compañerito! No hay otro compañero que el esposo, el que nos dió nuestra Santa Madre Iglesia, no solamente para... (*y queda detenida*

COMPAÑERITO

*sin encontrar la palabra suave que exprese el hecho natural; es la vacilación del que busca unas gafas negras para mirar el sol y concluye por cerrar los ojos.)*

DOCTOR (*apuntando socarronamente*).—Para la fornicación... (*Al Administrador.*)

SOR CLARA.—... para tener hijos, sino para alabar a Dios.

BARBARITA (*creyendo que ha ganado la batalla con las armas del enemigo*). ¡Eso... eso mismo, madrita; yo he tenido los hijos! ¡Ella no ha tenido ninguno!

SOR CLARA (*la cólera de los justos se le sube a la cabeza. Su rostro resulta amoratado y las palabras se atropellan.*)—Ahora... ahora mismo... sin más dilaciones, sale usted de esta santa casa, que mancha con su presencia...

BARBARITA.—¡Madrital ¡Madrital

SOR CLARA.—Ni una palabra. ¡A la calle! Pronto, o llamo al portero.

BARBARITA.—Yo me estoy callada... yo no vuelvo a hablar...

SOR CLARA.—Ya he dicho que salga. Sor Mercedes, abra usted esa puerta... por ahí sale usted directamente. Ni una palabra o llamo un guardia.

BARBARITA (*al nombre del guardia, de la autoridad visible para los pobres, la mujer se atemoriza. Ya una vez la llevaron a la prevención por riña con otra mujer en la fuente*).—No..., no es preciso..., ya me voy... ¡Ay mi Compañerito, y cómo nos separan!

COMPAÑERITO (*sollozando, sentado y agitando las manos*).—¡Barbarita!

DOCTOR (*llevándose a Barbarita*).—Vaya, salga usted... ya veremos, ya veremos lo que puede hacerse.

BARBARITA.—¡Adiós, Compañerito!

¡Quién lo había de decir! ¡Qué les diré a los pobres hijitos cuando me pregunten por ti!

SOR CLARA.—Esos niños estarían mejor en el Hospicio.

BARBARITA (*con candor admirable, sin ira ni rencor*). — ¡Cómo se conoce que su merced no ha *parió!*

LA REDONDA. — ¡Jesús, María y José!

SOR CLARA.—¡Puerca! (*No halla otra palabra; el resto se completa con gesto que señala la puerta.*)

SOR MERCEDES (*bajo*).— Váyase..., váyase... (*El Médico la empuja, y sor Mercedes cierra. Silencio. Fuera, en la calle, se oyen los sollozos de Barbarita.*)

SOR CLARA (*que ha rezado*).— ¡Dios me perdone! Esa mujer me ha hecho caer en el pecado de la cólera.

LA REDONDA.—¡Cuánto siento todo

esto que ha pasado! No es culpa mía; si lo hubiera sabido...

SOR CLARA.—Por Dios, no diga eso. ¿Qué culpa tiene usted? Vaya, ya estamos tranquilos. Alégrese, señor Juan Perdomo; su mujer se lo lleva para el campo... ¿Entiende?

COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer. (*Bajo y temblando.*)

SOR CLARA.—Sí, señor; con su mujer, con su mujer verdadera, a quien usted ha hecho sufrir tanto, y que le perdona.

COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer.

LA REDONDA.—Tendrás cama sahumada y una huerta para tomar el sol y un traje nuevo, y te lavarás todos los días, y rezaremos el rosario por las noches e iremos a misa los domingos y fiestas de precepto, y te confesarás con don Atanasio..., ya ve-



rás...; pero es necesario que seas bueno, que no fumes virginio, que no bebas ron... eso es... ¿Estás contento?

COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer.

SOR CLARA.—Tiene medio perdido el juicio. Ya le pasará con el aire del campo, la limpieza y la buena comida.

LA REDONDA.—Y si no, los trabajos serán para mí.

SOR CLARA.—¿Y cuándo piensa usted marchar?

LA REDONDA.—Mañana; ahora quisiera salir y hacer algunas compras para vestirle decentemente. ¿Ustedes podrán guardarle aquí hasta después?

SOR CLARA.—¿Quién lo duda? Aquí, aquí seguirá para evitar el contacto con los otros enfermos. Sor Cecilia guardará la puerta. Él se quedará dormido. Pero ¿qué pasa?

*(Un gran ruido se oye en el interior del edificio; gentes apresuradas que corren, voces confusas, algún gemido. El Doctor y el Administrador salen a enterarse.)*

SOR MERCEDES *(levantándose con agitación extrema; parece enloquecida; el alma, dos almas ensanchan las pupilas)*.—¡Sor Clara! ¡Sor Clara! ¡Es ella! ¡Ella!

SOR CLARA.—¿Qué dice? ¿Por qué se agita de esa manera?

SOR MERCEDES.—¡Es ella! ¡Ella!

SOR CLARA.—Pero ¿quién es ella?

SOR MERCEDES.—Esa pobre mujer... la mujer de Compañerito..., esa.... Barbarita... ¡se ha matado!

SOR CLARA.—¿Pero quién le ha dicho eso? ¿Está loca?

SOR MERCEDES.—No. Me lo dice el corazón. La traen.... la traen... en la camilla. La he visto pasar.

SOR CLARA.—¡No es posible! Otro pecado. A ver... ¡Sor Cecilia...!

DOCTOR (*en la puerta*). — ¿Saben ustedes lo que han hecho? ¡Me alegro! Allí traen la camilla, y en vez de la moribunda que iban a buscar sin permiso mío... viene dentro el sacristán... Deogracias... con una pierna rota... que se la rompió el jembro de la tal cuando quiso sacarla de su casa. (*Sor Mercedes cae en la silla llorando y riendo.*)

SOR CLARA.—Hoy es día malo para las personas honradas. ¡Pobre Deogracias! (*Acercándose a sor Mercedes y bajo.*) Ya hablaremos despacio. (*Alto.*) Vamos a consolar a esa pobre criatura. (*Sale con la Redonda.*)

DOCTOR.—Yo soy el que ha salido ganando. Un buen caso para mi estadística.

(*Sor Mercedes queda en su pupitre.*)

COMPAÑERITO.—(*En voz baja y sollozante, como la de un niño mimoso.*)  
 ¡Barbarita...! ¡Barbarita...! ¡Barbarita!  
 (*Y así sigue.*)

SOR MERCEDES (*se levanta. Va a la puerta de cristales que conduce a la calle y mira afuera. Después va de prisa a Compañerito y le dice acercándose al oído.*) ¡Barbarita está en la calle! Le espera. ¡Váyase..., váyase! (*Compañerito se levanta temblando; ella le pone el sombrero, le abre la puerta, lo echa fuera y cierra. Después se asoma a los cristales, se sonríe, hace un gesto de adiós con la mano y murmura*): ¡Cómo vuelan! (*Vuelve al pupitre, se sienta. Mira el crucifijo, lo toma y lo besa en el rostro, diciendo con voz sonora, alegre, que casi se confunde con el beso*): ¡Compañerito!

# LA LEY DE DIOS



# DRAMATIS PERSONÆ

## LA FAMILIA LÓPEZ

**DON JUAN BAUTISTA LÓPEZ.**—*Sesenta y cinco años. Solterón. El público no le ve ni le oye, pero está siempre presente.*

**JUAN BAUTISTA GONZÁLEZ.**—*Un año. No habla, pero duerme y se ríe.*

**DOÑA ISABEL LÓPEZ.**—*Sesenta años. Solterona. Es la santa de la familia y a la que todos obedecen por su discreción y por su dinero.*

**DON FELICIANO LÓPEZ.**—*Cincuenta y cinco años. Un hombre como un castillo, pero cobardón y fácil de lágrimas. Piensa constantemente en sus hijos, sobre todo en Veremundo, presuntos herederos de la fortuna de la familia.*

La adulación a su hermana Isabel determina todas sus acciones.

DOÑA FRANCISCA.—Cincuenta y dos años. Su esposa. Avara como su marido. Muy fresca.

DOÑA AURORA LÓPEZ.—Cincuenta años. Casada. Sin hijos. Amargada por esta circunstancia, pero tan codiciosa como sus hermanos.

DON BENIGNO.—Cuarenta y cinco años. Médico que al llegar de titular al pueblo hizo la cura de Aurorita y desde entonces sólo receta a los criados de la familia. Su carácter tímido se acentuó más por miedo a su mujer y hermanos.

TERESINA LÓPEZ.—Veinticinco años. La última de los López, bonita, mimosa. Su marido concluyó de estropearle el juicio. La codicia de ella se desvía hacia el afán de tener dinero para gastarlo.

ANTONIO CEBALLOS.—Su marido. Veintisiete años. Teniente de Caballería. Se casó



## LA LEY DE DIOS

porque la chica era rica y porque se le parecía a una cupletista de quien fué el *souteneur* por mucho tiempo. Procura educarla en la misma escuela.

DOCTOR D. BERNARDO CANO.—Médico viejo. Practicón resignado. Un fondo de honradez y benevolencia. No puede beber una copa de vino sin declararse anarquista.

DOCTOR AMORETO.—Médico joven. Con talento y alguna petulancia. Aspira a la clientela de su compañero. Pertenece a los adoradores de la piedra, entendiendo por piedra el gesto que le haga medrar.

SEÑOR HENESTROSA.—Notario cuco dispuesto a nadar en río revuelto, pero guardando la ropa.

DON APARICIO.—Párroco de Andux. Un gañán sin educación. Ignorancia absoluta que le hace irresponsable de sus ac-

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES

ciones. Cree que Dios está al servicio de los ricos.

TÍA CATALINA.—Cincuenta años. Para ella el amo lo puede todo. Codiciosa, amoral, Madre de

MARÍA DEL PINO.—Veinticinco años. Madre de Juan Bautista el pequeño. Una sierva.

LUCAS.—Sacristán.

SANTIAGO EL MAYOR.—Labrador.

## ESCENARIO

Un salón rústico en casa de gente bien acomodada. Mesa, sillones, sillas. Dos puertas en el fondo, a la galería. Dos ventanas laterales con cristales. Todo macizo, fuerte, hecho para la inmortalidad. Forman contraste algunos muebles modernistas de muy mal gusto. Imágenes de santos, cromos y un retrato al óleo del fundador de la dinastía don Veremundo López, con leontina y bastón; la cabeza es muy pequeña para los hombros y sobre todo para las manos, que parecen dos racimos de plátanos. Hay un reloj que no marca la hora para que no se estropee.

# MEMORIA DE LA COMISIÓN

de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

del Poder Judicial de la Federación

DR. CANO.—Resumen, amigo y colega: hemorragia cerebral, forma apoplética, hemiplegia de origen central. Pronóstico: grave, gravísimo, de toda gravedad (*cambiando su voz doctoral por otra familiar y francota*). Amigo mío, hay que conformarse con la voluntad de Dios; su cuñado no llega a la madrugada. Creo no decirle nada nuevo con estas palabras; usted ha visto bien el caso y lo ha tratado conforme a ley. (*Sigue un largo silencio. Benigno, con la cabeza baja y liando maquinalmente un cigarrillo.*) ¿Se le ocurre a usted algo nuevo, compañerito?

DR. AMORETO.—No; no, señor; estoy conforme con su opinión de usted. Pero...

DR. CANO (*con sonrisa malévola*).— Diga, diga usted, joven. En medio de todo, ustedes los recién llegados de los grandes centros científicos pueden aportar otros datos, indicar otros agentes, para nosotros los prácticos olvidados o desconocidos.

DR. AMORETO.—Nada de eso, maestro. Era solamente añadir como un dato más a la hermosa historia clínica por usted explicada. Sabe usted las modernas orientaciones de los clínicos hacia la arterioesclerosis como causa de las lesiones arteriales de origen central: nuestro enfermo tiene todo el aspecto de un arterioesclerótico en período de hipertensión.

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO. — Además, he oído decir, y si don Benigno me perdona que lo repita..., que sus costumbres...

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Parece que bebía...  
¡Oh, no! (*respondiendo a un gesto de don Benigno*); no digo que fuese un borracho...; además, hombre mujeriego...

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Añadamos, señores, la edad...

BENIGNO.—Sesenta y cinco años.

DR. AMORETO.—No es para morir de viejo...

DR. CANO.—Cierto..., cierto...

DR. AMORETO.—Pero sumemos todas esas concausas, demos a cada una la importancia etiológica que tienen, y entenderemos con pasmosa claridad, con esa claridad meridiana con que brilla la verdad médica, el origen del cuadro morboso actual.

DR. CANO (*después de un silencio*).—

Ciertísimo, estimado colega. (*Otro silencio.*) Siga, siga usted.

DR. AMORETO (*muy cortado*).—Nada más...; no tengo más que decir...

DR. CANO.—Como usted ve, Benignito, la magnífica disertación de nuestro joven colega, el análisis tan hermosamente hecho de los orígenes del mal no ha de remediarlo.

BENIGNO (*después de otro gran silencio*).—¿Y qué creen ustedes...? Ustedes, príncipes de la medicina, médicos de la capital.

DR. CANO.—Declino..., declino...

DR. AMORETO.—Yo también declino.

BENIGNO.—No; no; señores; yo, un pobre médico rural, les he llamado porque así lo creo...

DR. CANO.—Bueno..., bueno...; pase usted de largo..., digo, por mi parte...



DR. AMORETO. — También por la mía.

BENIGNO. — ¿Qué opinan ustedes de... su inteligencia...?

DR. CANO. — ¿De su inteligencia?

BENIGNO. — ¿Creen ustedes que se halla en disposición de testar?

DR. AMORETO (*con rapidéz*). — Ni pensarlo. Hay una completa obnubilación de todas las facultades... El choque cerebral, la apoplejía..., ¿no es esto, maestro?

DR. CANO. — Diré a ustedes. Yo en mi larga práctica he visto casos milagrosos. No creo que en éste pueda darse tal contingencia.

DR. AMORETO. — ¡Imposible!

DR. CANO. — Nada hay imposible, joven colega...; pero ya he dicho a usted que todas las probabilidades son de muerte...

BENIGNO. — De modo que en la ac-

tualidad ustedes no creen posible que pueda testar...

DR. CANO.—Ni con intérprete, amigo mío.

DR. AMORETO.—Piense usted que esta lesión radica en la circunvalación frontal ascendente, en la parietal descendente, toda la zona Rolandice.

DR. CANO.—Cierto. Toda la zona Rolandice...

\* \* \*

AURORA (*entrando precipitadamente*).—¡Ha hablado! ¡Ha llamado a Isabel, y con los ojos ha pedido agua! Se ha bebido una copa...

DR. CANO.—Ya les decía a ustedes, se dan casos...

AURORA.—Ven, Benigno...

DR. CANO.—Vaya usted. Aquí aguardaremos.

DR. AMORETO.—Yo voy con usted; quisiera persuadirme del fenómeno.

\* \* \*

FELICIANO (*entrando*).—Isabel insiste en que suban pronto...

TODOS (*menos Dr. Cano*).—Vamos allá.

\* \* \*

DR. CANO.—Aquí les aguardo. Don Feliciano me hará compañía.

FELICIANO.—Sí; yo no puedo ver esas cosas. Desde hace tres días estoy tan enfermo como mi pobre hermano.

DR. CANO.—Y usted, amigo mío, ¿oyó que el enfermo llamaba a Isabelita?

FELICIANO.—La verdad, yo no oí nada; pero las tres mujeres creyeron...

una dijo que sí, que había hablado, otra le preguntó si quería agua, y entre las tres le pusieron en los labios una copa, y entre la que tragó, y con la que se derramó, allá la vaciaron... No sé..., no sé...; estoy enfermo.

DR. CANO.—Un caso de sugestión. Y diga usted, amigo mío, ¿qué empeño tiene su cuñado en preguntar si el enfermo puede hacer testamento? ¿Es que pensaba en mejorarle?

FELICIANO.—No, señor don Bernardo, es algo más grave y que a todos nos alcanza. Figúrese usted...; pero hasta vergüenza me da de hablar de estas cosas en este momento... mi pobre hermano moribundo...

DR. CANO.—¡Ya, ya...! Cosas de familia..., intereses mezclados...; no, no insisto...

FELICIANO.—No es ningún secreto. Aquí todo el mundo lo sabe..., pues,

un solterón..., más de sesenta años..., y además, ¿por qué ocultarlo?, por ser el más viejo de nosotros no alcanzó los buenos tiempos de mi padre..., su educación se resintió de eso..., no pudo asistir a los colegios... y después ya no quiso; decía que para labrar la tierra ya sabía bastante y que lo demás era cosa de señoritos... y se reía de nosotros, queriéndonos mucho; eso sí, nos quería mucho, sobre todo a Isabel y a mí... Isabel quiso amansarlo, pero él se reía y no le hacía caso... No salía del campo, siempre sobre la tierra, disputando por el agua o por los abonos, vestido y calzado como un patán, fumando virginito, bebiendo ron y gozando con el trato de peones y gentuza. ¡Y un talento! ¡Y un corazón!

DR. CANO.—Sí, sí, lo sé. Bastantes veces le he atendido en mi consulta.

Siempre me recomendaba sus mayordomos, sus jornaleros y asalariados. Era uno de los fieles a mi vieja iglesia. No se dejaba seducir por los apóstoles nuevos.

FELICIANO.—Sí, señor don Bernardo, siempre tuvo en usted una fe completa y ciega. Siempre decía: «Médico viejo y zapato viejo.» Para él era un suplicio estrenar unas botas.

DR. CANO.—Tiene gracia.

FELICIANO.—¡Pobre hermano! ¡Era un talento! Y vea usted, aquí se encerró en este caserón, lejos de poblado, y aquí ha vivido en compañía de mi santa hermana Isabel, mientras nosotros disfrutábamos de todos los goces de la sociedad. Él nos decía: «Diviértanse; yo cultivo la hacienda que ha de ser de todos.» Siempre insistía en esto: en que su hacienda era para sus hermanos. Y así trabajaba y así, rotu-

rando riscos y allanando laderas y comprando lotes de vecinos en apuro y construyendo represas y alumbrando aguas, llegó a formar esta posesión, lo mejor y más rico de la Isla. Usted la conoce como todos en esta tierra. Es una bendición.

DR. CANO.—Valsendero. Da tantos plátanos como todo el resto de la Vega. Don Juan Bautista era... es... el agricultor de más ojo y más conocimiento que he conocido. ¡Qué lástima que esto se reparta, amigo don Feliciano!

FELICIANO.—¡Qué vamos a hacerle! Si Juan Bautista pudiera expresar su voluntad, de seguro que pensaría en mi santa hermana Isabel y en mis hijos, pero...

DR. CANO.—¿No ha testado?

FELICIANO.—No señor, no ha testado. Hace tres días que hemos pregun-

tado a todos los notarios, registrado los armarios todos, y nada... ni una nota.

DR. CANO.—Ahora me explico la pregunta de mi compañero y cuñado de usted Benigno Santos. Temía que a última hora pudiese hacer testamento.

FELICIANO.—¡Así fuera! En medio de todo mi hermana Aurora, su mujer, no ha tenido hijos, ni probablemente los tendrá, y es probable que andando el tiempo todo quedará en casa. Le estoy hablando con el corazón en la mano; usted es como un confesor.

DR. CANO.—Cierto..., cierto... ¡Ah! ¡Ahora entiendo! Esta, su otra hermana, la más joven..., Teresina...

FELICIANO.—Es verdad, Teresina...

DR. CANO.—Pobre muchacha... Una



niña tan guapa, tan simpática, una verdadera perla, y haber caído en manos de ese tenientillo que no sale del salón de la ruleta. ¿Cómo usted y don Juan Bautista consintieron semejante adefesio?

FELICIANO.—Qué quiere usted, amigo mío; era guapo, hablaba bien, se metía por los ojos, luego el espadín, el uniforme..., qué se yo... Bastante me opuse y mi santa hermana Isabel también luchó, pero Juan Bautista se reía de todo y decía: «Déjalos hombre, que hagan su santísima voluntad...», y la hicieron.

DR. CANO.—Esos sí que tienen hijos...

FELICIANO.—Uno cada año. Ese perro no la deja descansar... y eso que entra en su casa a las cuatro de la madrugada. Ya tienen tres hijos.

DR. CANO.—Creo que le ha despo-

tricado gran parte de su conveniencia...

FELICIANO.—Sí; pero Juan Bautista la ha ido comprando o hipotecando y así vuelven las aguas perdidas a su cauce antiguo. Ahora mismo si de ese pícaro se tratara, solamente quedaba la esperanza de recuperarla.

DR. CANO.—Cierto... El sistema empleado por don Juan Bautista podría usted implantarlo...

FELICIANO.—Yo no..., yo tengo muchos hijos..., pero mi santa hermana Isabel lo haría, sí, seguramente lo haría, y al fin y al cabo, si no yo, mis hijos. Veremundo sobre todo, que por llevar el nombre de mi padre tiene todas las simpatías de mi santa hermana, podrían reconstituir esta fortuna, volver a la unidad primitiva, a realizar el sueño de mi padre, de aquel padre, hombre salido de la nada y que

hizo todo esto...; esto, amigo mío, que empezó por esta casa humilde y unas tierras secas y que ha ido extendiéndose, aumentándose como una inundación de agua verde... ¡Qué lástima y qué iniquidad! ¡Pensar que puedan partir la tierra, es como si me partiesen el corazón, como si me arrancasen la carne...!

DR. CANO.—Hay esperanza, amigo mío; su plan de usted..., de su santa hermana, me parece de éxito seguro...; ese tenientillo querrá dinero, dinero contante y sonante..., un apuro de ruleta y ya veo vendido un cercado por poco más de nada... ¡Qué sabe él del valor de la tierra!

FELICIANO.—¡Verdad! ¡Verdad! Así, no es eso lo que nos amarga y desespera; al fin y al cabo todo eso es posible, y si no lo fuera, Teresina es sangre nuestra, y en ella y en los su-

yos quedaría. Eso es justo y es la ley de Dios y de los hombres...; pero hay otra cosa..., una verdadera injusticia, un sacrilegio inmundo... Perdóneme, señor don Bernardo, que hable así en esta hora, con mi hermano moribundo... ¡Esto es asqueroso!

DR. CANO (*levantándose para atender a don Feliciano, que está muy conmovido*).—Cálmese usted, amigo mío, está usted excitado, nervioso..., las malas noches, el dolor..., ¿no tiene usted un poco de éter, de tila...?

FELICIANO.—Tiene usted razón..., me he estado conteniendo estos días por mi santa hermana Isabel... y ahora estallo... Ya se va pasando... ¡Qué tonterías! ¡Un hombre como un castillo y llorar!

DR. CANO.—Llore usted, amigo mío, no hay desdoro en llorar..., eso es noble...

FELICIANO (*rompiendo de nuevo el llanto*).—¿Pero puede darse mayor desgracia? ¡Un hombre como Juan Bautista que nunca había querido casarse, y cuidado si le habían salido proporciones...! Que nunca había querido compromisos serios..., que... ¡Yo no digo que no tuviese sus trapicheos como todo hombre..., eso es muy natural...! Pero siempre a distancia, con decoro, respetando la casa y la presencia de mi santa hermana, una hermana que se ha quedado soltera sólo por cuidarle... desde hace tres años..., tres años..., se ha enamorado..., pero, así, loco embobado, como al que le hacen un maleficio..., y así será...

DR. CANO.—¡Cálmese, amigo mío, cálmese, podrían oírle, venir!

FELICIANO.—¡Le han dado un filtro! ¡A sus años, después de una vida ejemplar, con una chiquilla! ¡Ay, her-

mano, hermano, Dios te perdone en esta hora!

DR. CANO.—Vaya, se acabó..., no se hable más..., viene su familia, mi compañero Amoreto..., no conviene que le vean así...

FELICIANO.—¡Tiene usted razón, amigo mío, pobre hermano...! (*Levantándose secándose los ojos*).

DR. CANO.—Así, tranquilo...

FELICIANO (*de:eniéndose de pronto*).—Tiene un hijo, señor don Bernardo, a los sesenta y cinco años.

DR. CANO (*sin poderse contener*).—¡Enhorabuena!

\* \* \*

DR. AMORETO.—Desgraciadamente, ha sido una ilusión de las pobres señoras. Un caso de sugestión colectiva; todas han creído o querido ver y oír...

DR. CANO.—Ya lo decía yo..., era cosa imposible...

DR. AMORETO.—Hemos repetido la experiencia sin resultado alguno. ¿No es eso compañero? Ni un reflejo; abolición absoluta del ocular, del rotuliano, del Babinsky...

DR. CANO.—¿También el Babinsky?

DR. AMORETO.—Indiferencia absoluta. Silencio completo...

DR. CANO.—Señores, hay que conformarse con la voluntad de Dios...

FELICIANO.—¿Dónde está Isabel?

BENIGNO.—Como siempre: en la alcoba, junto al enfermo.

FELICIANO.—¿Y tu mujer?

BENIGNO.—Aurora está en el comedor preparando el chocolate para los médicos.

*(Fuera se siente rumor de caballos.)*

FELICIANO (*abriendo una ventana*).—  
No habían de faltar...

BENIGNO.—¿Quién es?

FELICIANO.—¿Quiénes habían de ser? Teresina y el marido. ¿Les avisaste?

BENIGNO.—Isabel les avisó..., dice que era necesario..., que sería una falta muy grande, imperdonable.

FELICIANO.—Mi hermana Isabel es una santa. Ahora va a ver ella... ¡Y vienen a caballo! Son dos locos...

DR. AMORETO.—A mí me enamoran..., son dos pájaros..., viven cantando en las ramas de los árboles...

FELICIANO (*acudiendo al encuentro con gesto de silencio y de dolor*).—  
Chist, chist... ¡Teresina! ¡Hermana adorada..., nuestro pobre Juan Bautista...! (*Abrazándola y llorando.*)

TERESINA (*con toda el alma*).—¡Parece mentira que no me hayan avisa-



do antes! Yo no soy nadie... una extraña ..

FELICIANO.—¡Por Dios, Teresina...!

BENIGNO.—Te hemos avisado...

TERESINA.—Sí, hoy... y la carta la llevó un peatón... ¿Cómo está? ¿Cómo está...? ¿Se ha muerto?

FELICIANO.—No lo permita Dios, hija mía...

BENIGNO.—Pero está muy malo...

TERESINA.—Voy a verle. ¡Ay, Dios mío, pobrecito Juan Bautista..., y parecía un roble...! Buenas noches, don Bernardo, buenas noches, Amoreto..., perdonen, no les había visto...

DR. CANO.—Buenas noches, hermosa...

DR. AMORETO.—Buenas noches, señora; ¿cómo están los pequeños?

TERESINA.—Los he dejado con el asistente... No veía la hora de venir..., ¡ni un automóvil! Y después pensa-

mos que el auto no puede llegar hasta aquí. Por fortuna, a Antonio se le ocurrió tomar dos caballos del escuadrón y hemos venido a paso de carga... Perdóneme... ¡Ah, Aurora!

AURORA (*abrazándosele*).—¡Teresina! ¡Nuestro pobre hermano!

TERESINA. — Vamos, esto ha sido una puñalada traperera. (*Salen abrazadas y llorosas.*) ¿Me conocerá? ¡Ay, Virgen María! Yo, que era su niña preferida...

CEBALLOS (*que entra con uniforme y látigo*).—Buenas noches, señores. Tengo muchas quejas tuyas, Feliciano, y tuyas también, Benigno.

FELICIANO. — ¿Tú también? Buena tengo yo la cabeza para ocuparme de etiquetas...

CEBALLOS.—¡Hombre, ni que se tratase de un perrol! Nuestro hermano,

porque también es mi hermano, aunque ustedes no quieran...

FELICIANO. — No digas tonterías... Acuérdate de lo que está pasando...

CEBALLOS. — Bueno, por eso no sigo; pero no lo olvido, ya hablaremos. ¡Hola mediquillo!

DR. AMORETO. — Salud, mi teniente...

CEBALLOS (*a Cano*). — Beso a usted la mano.

DR. CANO. — Servidor...

FELICIANO. — ¿Quieres pasar, quieres verle?

CEBALLOS. — Dicen que ha perdido el conocimiento... (*a un gesto de los médicos.*) Todo sea por Dios... nosotros perdemos un padre... era una locura por Teresina y por los chicos... Vamos a verle... pero conste que no te perdono, Feliciano...

FELICIANO. — ¿Otra vez?

CEBALLOS. — Y cien... Ya hablare-

mos. Benigno, ¿quieres encargarle a un mozo que le dé un pienso a los caballos? Lo han ganado bien.

\* \* \*

*(Después de un gran silencio.)*

DR. AMORETO. — ¿Qué hacemos, maestro? ¿Nos vamos?

DR. CANO. — Espere el joven colega. La jornada es larga, nocturna, mitad a mulo y mitad en automóvil, y he oído hablar de chocolate. Yo tengo un flaco por el chocolate, y aquí supongo que estará bien acompañado...

DR. AMORETO. — ¿Cuánto piensa usted cobrar, querido maestro?

DR. CANO. — Hay tiempo de hablar de eso. Siempre se cobra mejor a la muerte del enfermo.

DR. AMORETO. — Yo tenía mis escrú-

pulos, porque como el cuñado es médico...

DR. CANO.—Médico... médico..., Ese no es sino el marido de Aurorita; no ha hecho otra cura en su carrera: es un heredero.

DR. AMORETO. — ¡Mala lengua! El caso es que cobraremos.

DR. CANO.—¡Pues no faltaba más! ¿Cree usted que un hombre como yo, con ocho hijos, que ha trabajado treinta años y no ha conseguido ahorrar para el descanso de la vejez, iba a desperdiciar estas pesetas por consideraciones profesionales a un sujeto que tiene el diploma debajo de la cama?

DR. AMORETO. — Vamos, maestro, no será tanto. Usted tiene fama de guardar dinero. Es el médico más antiguo, el de más clientela, una institución.

DR. CANO.—Escuche usted, doctorcito, y sépalo y guárdelo: en esta tierra nadie se ha hecho rico con el trabajo profesional. Para ser rico es necesario heredar como ése o robar como... no me tire usted de la lengua...  
*(El otro ríe.)*

BENIGNO.—El chocolate está preparado en el comedor... Vengan conmigo y yo les haré compañía, porque estas pobres mujeres no tienen cabeza para nada...

DR. CANO.—Es natural..., no es necesario disculparlas.

DR. AMORETO.—Además, con usted...

BENIGNO.—Pasen ustedes.

*(Después de un largo silencio van entrando los miembros de la familia.)*

FELICIANO. — Siéntense..., siéntense..., los médicos están el comedor con Benigno. No vendrán. Es un asunto que

hay que resolverlo pronto...; si es que tiene solución..., yo no la veo... ¿La ve usted, señor Henestrosa?

EL NOTARIO.—Muy difícil..., muy difícil...

FELICIANO.—Usted, como notario, puede explicar la situación...

EL NOTARIO.—Es muy fácil, facilísima. Don Juan Bautista es soltero..., soltero...; no tiene ningún impedimento...; su fortuna está más sana que una manzana...; no debe a nadie..., a nadie... Hace tres años, por una aberración inconcebible de su clara inteligencia y de su... intachable moralidad dió en tener relaciones con una muchacha, María del Pino González... De esto hace tres años, ¿no es eso?

FELICIANO.—Eso es.

EL NOTARIO.—Fruto de esos amores, en pugna con las leyes civiles y religiosas, fué un hijo, un varón...

AURORA.—Vaya usted a saber quién sería el padre.

FELICIANO.—¡Mujer!

DOÑA FRANCISCA.— ¡Cállate, Feliciano!

FELICIANO.—Si yo no digo...

AURORA.—Déjate de hipocresías y sigue...

DOÑA FRANCISCA.—No, señor, eso no; mi marido no es un hipócrita.

CEBALLOS.— Bueno..., dejen eso... Siga usted, señor... ¿cómo se llama? Henestrosa.

EL NOTARIO.—Han planteado ustedes, sin saberlo, el primer problema jurídico; ¿es realmente su hijo? Fundamento de la acción que ha de entablar la madre por su propio impulso o por el consejo de otros que no faltarán en el caso que ya podemos llamar de autos...

FELICIANO.—¡Un pleito!



LA LEY DE DIOS

AURORA.—¡Un escándalo!

DOÑA FRANCISCA.—¡Valsendero en poder de la curia!

EL NOTARIO (*mirando a todos por encima de las gafas*).—Eso es..., eso es...

CEBALLOS.—¿Pero... ¿cómo se va a saber quién es el padre de la criatura? Me parece eso muy difícil... Si todos los chicos que andan o gatean por ahí sin padre conocido dan en la flor de echarnos encima la paternidad, ¿quién podría estar seguro? Ni tú, Feliciano, ni el mismo Benigno...

AURORA.—Deja tranquilo a don Benigno.

DOÑA FRANCISCA.—Y a Feliciano...

TERESINA.—¡Cállate, pecado mortal...!

FELICIANO.—Al grano, al grano.

CEBALLOS.—Buen grano es éste que nos ha salido.

NOTARIO.—Ustedes mismos enta-

blan el pleito. ¿Es ese muchacho...?  
¿Cómo se llama?

FELICIANO (*muy compungido*).—Juan Bautista.

NOTARIO.—¿Es Juan Bautista hijo de don Juan Bautista el nuestro?

TERESINA.—¡Pero en todo caso es un hijo natural!

LAS MUJERES.—¡Eso..., eso! Un hijo del pecado.

NOTARIO (*aplacando las voces*).—Pues como ustedes reconocen eso... que es un hijo natural, ya no hay pleito..., se acabó...

TERESINA.—Eso me parecía a mí... Que Juan Bautista tuvo un hijo a los sesenta y cinco años, pues si pudo hizo muy bien. Hombre es y no afrenta a su fama. ¿Que habla la gente? Que hable. Más viejo era Abraham y patriarca me soy...

LA LEY DE DIOS

FELICIANO.—No disparates, chiquilla; no es eso.

NOTARIO.—Perdóneme, Teresina; demostrado que Juan Bautista González es hijo, aunque natural, de don Juan Bautista López, su hermano, él es el heredero..., toda su hacienda le corresponde..., toda...

TERESINA.—¡Qué barbaridad!

AURORA.—¡Pero esa no es la ley de Dios!

DOÑA FRANCISCA.—¡Mis hijos, los hijos de mi matrimonio, iguales a un hijo natural, fruto del pecado!

AURORA.—¿Y el Sacramento?

FELICIANO.—¡No vale la pena de ser honrado!

NOTARIO.—Esa es la ley.

DOÑA FRANCISCA.—La ley de los impíos. Esa no es la ley de Dios.

NOTARIO.—Es la ley de los Tribunales de justicia. De los jueces que

han de dar la propiedad de Valsendero.

FELICIANO.—¡Valsendero, la tierra de nuestro padre, por él comprada y por él aumentada...! ¡Una cosa nuestra, nuestra, pasar de pronto a un chiquillo nacido de casualidad, fuera de todo tiempo!

NOTARIO.—Así es, aunque les duele a ustedes, aunque les parezca una injusticia y un sacrilegio. (*Un silencio aterrador.*)

CEBALLOS.—Ese chiquillo ha nacido con los tres entorchados.

AURORA.—Eso no puede ser, aunque me lo diga el presidente del Tribunal Supremo.

FELICIANO.—No nos volvamos locos... Algo ha de haber para evitar este escándalo y esta monstruosidad.

NOTARIO.—Ya usted lo sabe, amigo

don Feliciano; se lo he dicho desde mi llegada... Yo veía un recurso...

TODOS.—Hable, hable usted.

NOTARIO.—No era cosa segura; el pleito era siempre inminente; pero nos daba una base, un cimiento para la discusión. Era obtener del señor don Juan Bautista una declaración jurada, un acta notarial solemne, como todos los documentos otorgados en la hora de la muerte, en que expresase bajo juramento la circunstancia fundamental de no haber tenido hijos, y muy especialmente negase la paternidad de... su hijo..., de ése..., de Juan Bautista López..., digo, Fernández.

AURORA.—¿Y por qué no se ha hecho?

FELICIANO.—Hemos hecho cuanto hemos podido. Desde que Henestrosa me indicó ese recurso, díjome que,

visto la gravedad y la importancia del documento, era conveniente...

NOTARIO.—Dije necesario.

FELICIANO.—Eso es... necesario que asistiesen como testigos dos médicos de reputación que asegurasen que tenía juicio.

NOTARIO.—Que el enfermo estaba en el uso completo de sus facultades intelectuales, eso es. (*Pausa desesperada.*)

DOÑA FRANCISCA.—¿Y qué dicen los médicos?

FELICIANO.—Benigno, por mi encargo, les ha sondeado, y contestan que no..., que no puede testar.

DOÑA FRANCISCA (*con ira*).—¿Y don Bernardo Cano, nuestro médico de toda la vida, el de toda la familia también?

FELICIANO.—También don Bernar-

do dijo que no podía testar ni con intérprete.

DOÑA FRANCISCA.—¡Ese no vuelve a poner el pie en mi casa!

FELICIANO.—¡Francisca, mujer!

CEBALLOS.—¿Y mi médico Amoreto?

FELICIANO.—Lo mismo; ése habló de no sé qué vena que tenemos en los sesos y que se le ha roto a mi pobre hermano, y una cosa que llaman la cápsula...

NOTARIO.—Esta es la situación.

FELICIANO (*levantándose y mesándose los cabellos*).— ¡Ay, hermano! ¡Ay, Juan Bautista!

DOÑA FRANCISCA.—¡Cálmate, marido, cálmate! Primero es tu salud. Te va a dar la sofocación, y si te da, ya puedes morirte, porque don Bernardo no te receta. ¡Ése, ni en la hora de la muerte! ¡Ni un purgante!

CEBALLOS (*chasqueando inconscien-*

*temente el látigo*). — Pero, vamos a ver, vamos a ver; las cosas claras, y el chocolate espeso.

BENIGNO (*en la puerta*).— Ya han concluido el chocolate. ¿Qué hago?

CEBALLOS (*con el látigo levantado*).— ¡Qué chiste, hombre!

AURORA.—Mira, Benigno, saca vino moscate y bizcochos... Entreténlos un poco.

CEBALLOS.—Emborráchalos si puedes.

BENIGNO.—Bueno.

AURORA.—Háblales de medicina.

BENIGNO.—Eso estamos haciendo.  
(*Sale.*)

TENIENTE.—Decía que las cosas claras..., claritas como el agua...; yo soy así.

NOTARIO.—Eso es lo mejor. Claridad.



TENIENTE.—Usted, señor... ¿cómo se llama? (*A su mujer.*)

TERESINA.—Henestrosa.

TENIENTE.—Usted, señor Henestrosa, ¿no podría prescindir de los médicos?

NOTARIO.—¿Qué se ha figurado usted de mí!

TENIENTE.—¡A mí no me venga usted con arrogancias! Eso se hace todos los días.

TERESINA.—¡Por Dios, Antonio!

NOTARIO.—Otros lo harán, caballero; pero yo...

FELICIANO.—Cálmese, señor Henestrosa. Nadie ha querido ofenderle. El mismo Ceballos..., ¿no es verdad, Ceballos, que tú no has querido ofenderle?

TENIENTE.—De ninguna manera. Yo no he hecho sino preguntas, y el señor se ha encrespado; y yo, como mi-

litar, no puedo permitir que nadie...

FELICIANO.—Pero si el señor Henestrosa no te ha ofendido.

AURORA.—No seas bruto...

TERESINA.—Siéntate, hombre; tú no sirves para eso...

DOÑA FRANCISCA.—Nadie ha querido ofenderte...

TENIENTE. — Bueno..., bueno..., no seas melosa, estate quieta (*a su mujer, que le acaricia*). Conste que no he dicho nada...

NOTARIO.—Acepto esa explicación. Como si nada hubiese pasado... (*tiene un poquito de miedo al sable*). (*Un silencio muy enojoso. Al fin Henestrosa sigue.*) Yo, por mi parte, he hecho, en obsequio a esta atribulada familia, a quien quiero y respeto, cuanto estaba en mi poder... (*silencio hostil*)... y algo más...; casi me he comprometido, porque entiendo que sobre las leyes hu-

## LA LEY DE DIOS

manas está otra ley fundamental y eterna: la ley de Dios...

FELICIANO (*sin poderse contener*).— ¡Pero entonces, jinojo, si usted cree que eso es la verdad..., la verdad...!

DOÑA FRANCISCA.— ¡Y la justicia!

AURORA.— ¡Y lo decente!

TENIENTE.— ¡Lo que yo decía!

TERESINA.— ¡Señor Henestrosa, apiá-dese de nosotros!

FELICIANO.— ¡Por qué no hace usted eso? (*Todos hablan a la vez, levantándose.*)

NOTARIO. — Silencio, señores, callen..., escuchen..., déjenme hablar...

FELICIANO.— ¡Déjenle hablar...; callen, hermanos...

NOTARIO.— (*Voz suave después del tumulto.*) Por eso, amigos míos y clientes; por remontarme del papel sellado a las tablas de la otra ley; por inter-

pretar más que aplicar el texto duro de la legislación, por eso he transigido y no he impuesto a la otorgación de esa acta que soy el primero en considerar justa, piadosa, expresión del alma de ese pobre cuerpo si pudiera hablar, más que una sola condición: la firma de dos médicos al pie del documento...

AURORA.—Volvemos a lo mismo...

FELICIANO.—Eso es imposible; ya lo sabe usted...

DOÑA FRANCISCA.—Nada adelantamos...

NOTARIO.—Pues yo no puedo hacer más...; consigan ustedes la firma de los dos médicos y asunto concluído... (*con voz de angustia, chillona*). ¡Señores, no pretenderán ustedes que me lleven a la cárcel!

DOÑA FRANCISCA.—¡Por Dios!

LA LEY DE DIOS

FELICIANO.—¡Quién habla de la cárcel!

AURORA.—¡Somos todas personas honradas y temerosas de Dios!

TENIENTE.—¡Buena me la hizo don Juan Bautista!

TERESINA.—¡Calla, que es mi hermano!

\* \* \*

BENIGNO (*en la puerta*).—Los compañeros quieren despedirse. Es ya muy tarde...

AURORA.—¡Para lo que han hecho!

BENIGNO.—¡Cuidado! A don Bernardo se le ha subido el vino a la cabeza.

DOÑA FRANCISCA.—¡Es un borracho! Yo no sé cómo hemos vivido en manos de ese hombre.

FELICIANO.—¡Más vale callar!

DOÑA FRANCISCA (*a su marido*).—

Este notario no vuelve a otorgar una escritura nuestra.

FELICIANO.—¡Cállatel

\* \* \*

DR. CANO (*muy locuaz*).—Señoras, señores: de nada servimos en este caso; el camino es largo y mañana hay que trabajar como todos los días. Por eso nos vamos...; el compañero está enterado de cuanto hay que hacer y lo hará con su pericia acostumbrada... Aurorita..., mi señora doña Francisca..., ¿qué le pasa a usted...? Es verdad...; es un lance muy triste... Adiós, hermosa...

TERESINA.—Sí, hermosa... Buena está la maja para tafetanes...

BENIGNO (*tímidamente*).—¿Por qué no ve usted al enfermo antes de marcharse? Nada más que verle...

DR. CANO.—No hay inconveniente...; esa es mi obligación... ¿Viene usted conmigo, doctorcillo?

TERESINA.—Mire usted, Amoreto...; una pregunta...

DR. CANO.—Bueno, iré con Benigno...

*(Entre el Teniente y su mujer acaparan al médico.)*

AMORETO.—¿Han observado a mi compañero? El moscatel le ha hecho anarquista. Nada de bromas.

TERESINA.—Yo quiero que me haga usted un favor, un favor grande..., grande..., como desde aquí al cielo...

AMORETO.—Vamos al cielo..., pero solos; éste se queda en el cuartel con los caballos.

TERESINA.—Eso mismo...; verá usted...; es muy difícil de decir...

TENIENTE.—Déjate de tonterías...; mira, chico, necesitamos mi mujer y

yo y mis chiquillos, los que tú has sacado al mundo...

TERESINA.—Y los que sacará.

TENIENTE.—Que nos saques de un gran conflicto. Se trata de devolvernos..., ¿cuánto será, Teresina?

TERESINA.—Yo no sé...; pero tal vez no baje de cincuenta mil duros.

TENIENTE (*con los ojos fuera del casco*).—Ya tú ves, están volando; y tú si quieres, con un poco de buena voluntad, los atrapas y nos los pones en el bolsillo.

TERESINA.—Mi hermano se muere. Toda su fortuna..., que es nuestra, nuestra, la herencia de nuestra familia, va a parar a un chiquillo desconocido, que dicen es su hijo...; un chiquillo dé una mujerzuela.

TENIENTE.—¡Un hijo a los setenta y cinco años!

TERESINA.—¡Sabe Dios quién será



el padre! Y todo esto se arregla si usted firma una cosa..., un papel..., di...

AMORETO.— Despacio..., despacio; pero ¿están ustedes en serio?

TENIENTE.— Y tan en serio. El notario está dispuesto a otorgar un acta si ustedes declaran que ese bandido...

TERESINA.— ¡Eso no se dice! ¡Es mi hermano!

TENIENTE.— Que ese hermano está en sus cabales.

TERESINA.— Nada más que una firma..., una firmita..., así...

AMORETO.— ¡Pero si eso no es posible!

TERESINA.— No diga usted que es imposible. Si mi hermano estuviera en su juicio lo haría. Puede usted creerme, lo haría.

AMORETO.— ¿Pero qué es lo que haría?

TERESINA.— Pues declarar que ese

chiquillo no es suyo, que su herencia, la nuestra, la de la familia, es para nosotros..., para quien debe ser... No diga usted que no... Así, así me gustan los amigos. ¡Viva mi médico!

DOÑA FRANCISCA (*acudiendo con los otros*).— ¡Gracias a Dios!

AURORA.—¿Será verdad?

AMORETO.—¡Pero si yo no sé, si no he dicho nada!

TERESINA.—Lo ha dicho, lo ha dicho. ¡A callarse pronto!

TENIENTE.—¡Eres un amigo!

TERESINA.—Y luego dirán ustedes que yo no sirvo para nada..., que soy una loca.

AMORETO.—Pero, espere usted, señora; déjeme pensar...

TERESINA.—No se piensa. Señor Henestrosa, venga ese papel..., pronto... ¿No lo tiene usted preparado?

\* \* \*

*(Todo es movimiento, alborozo.)*

DOCTOR CANO *(seguido de Benigno y don Feliciano)*.— ¿Qué ocurre? ¿A usted también le han dado el atraco? Pero... ¿están locos? ¿Cómo se les ha podido ocurrir que fuéramos capaces...?

TERESINA.—No venga usted a aguar-nos la fiesta. Aquí no se hace sino lo que yo digo. Amoreto está dispuesto. Henestrosa tiene eso escrito ya. A firmar..., a firmar. .

DOCTOR CANO.—Tranquilícese usted, hermosa. Usted es una niña; usted no sabe de esto; estas son cosas para tratarlas serenamente... Usted, Amoreto, usted no firmará eso...; no lo firmará, no, señor.

AMORETO.—¡Si yo no he dicho nada!

DOCTOR CANO.—Ya lo suponía yo. Y usted, Henestrosa, tampoco escribirá esa falsedad.

HENESTROSA. — Atiéndame usted, don Bernardo, atiéndame usted. Yo he dicho que si ustedes, los técnicos me aseguran que el señor don Juan Bautista está en el uso perfecto de sus facultades intelectuales...

DOCTOR CANO. — Eso es una cuquería para no perder la clientela. Usted sabe, como yo, como todos, que don Juan Bautista está como un tronco.

HENESTROSA. — No, no. Si ustedes afirman que no tiene capacidad legal, no hay nada de lo dicho... Aquí está el acta, y la rompo. (*Con el ademán, pero sin romperla.*)

DOCTOR CANO. — Rómpala, rómpala, y olvidemos todo eso. (*El otro no la rompe.*)

TERESINA. — Parece mentira; nunca lo creí en usted. ¡Mis hijos!

AURORA. — Ni siquiera por compa-

ñerismo, sabiendo que mi marido es médico.

BENIGNO.—¡Mujer!

DOCTOR CANO.—¿Pero están locos?

DOÑA FRANCISCA.—Bien agradece la fidelidad que le hemos guardado..., el dinero que le hemos dado.

FELICIANO.—¡Mujer!

DOCTOR CANO.—¡Eso no lo aguantol ¡Pues no faltaba más! Yo soy el hombre más pacífico del mundo...; yo seré un pobre diablo...; yo seré un desgraciado practicón...; lo que ustedes merecen. Quieren notabilidades, príncipes de la ciencia por tres pesetas. Pero hacer una porquería...

TENIENTE.—¿Quién habla de porquerías? Tenga usted en cuenta con quien habla y en la casa que está.

FELICIANO.—Señores, señores...

DR. CANO.—¡No le tengo miedo al sable! ¡A nada! ¡Pues no faltaba más!

Haber trabajado treinta años, rompiéndome el alma, para sostener ocho muchachos, aguantando las impertinencias de todos y las porquerías y siempre con la risa en los labios, ¡de dientes a fuera, y los tengo postizos!, con más ganas de morder que de reir, para que ahora, a última hora, vengan a proponerme una infamia...

TENIENTE.—Esas palabras se las traga usted.

TERESINA.—¡Por Dios, Antonio!

FELICIANO.—¡Señores, señores!

LAS MUJERES.—¡Qué escándalo!

DR. CANO.—¡Que no me las trago, ea, que no me las tragol! Es una infamia eso que ustedes quieren hacer... Gente rica, que ni siquiera tienen la disculpa que podríamos tener nosotros...

HENESTROSA.—No hable usted por mí.

AMORETO.—Yo tampoco, maestro, me hago solidario...

DR. CANO.—Peor para ustedes. Pues... que podría yo tener la disculpa del dinero..., de la vida dura..., de los años..., de todas las miserias y de todo el dolor de la vida, la tentación de unos billetes ganados sin trabajar. ¡Vamos, hombre, vamos!

TERESINA (*furiosa*).—Usted es un envidioso... Usted hace eso porque no le he llamado como médico, sino a Amoreto...

DR. CANO.—(*Queda en silencio como si fuera a decir una cosa muy gorda y después sigue.*) No diga boberías, señora...

TERESINA.—¡Qué fino!

DOÑA FRANCISCA.—¡Groserote!

DR. CANO.—¡Es que me subleva pensar que ustedes imaginasen que se me podía comprar!

FELICIANO.—Pero si no es eso..., no es eso...

DR. CANO.—Yo no sé lo que pensaría si oyera estas cosas ese pobre hombre que está muriendo arriba solo, como un perro; pero si pensara como yo agarraba todo esto..., todo esto que a ustedes les parece su herencia legítima, una cosa sagrada..., y casa, tierras, aguas, dinero, se lo daba a ese chiquillo, a esa pobre criatura que trajo a esta perra vida sin pedirle permiso, antes que dejarlas caer en manos de gente que no tienen corazón..., que no tienen corazón..., que no tienen corazón...

FELICIANO.—¡Está loco! ¡Nunca hubiera creído esto en un hombre como usted!

DOÑA FRANCISCA.—¡En la casa de un moribundo!

AURORA.—¡A una familia honradal



AMORETO.—No hagan ustedes caso, por Dios, es que le ha subido a la cabeza el vino moscatel...

TERESINA.—¡Borracho! (*Llora muy nerviosa.*)

AMORETO (*queriendo conciliar*).—¡Sí, es eso! ¡Sí, es eso!

DR. CANO (*desde la puerta*).—Que no tienen corazón. ¡Adiós..! ¡Adiós...!

\* \* \*

LA SRTA. ISABEL (*apareciendo con el cura Aparicio. Parecen dos curas. Negros, flacos.*).—¡Qué profanación es esta en la casa de un moribundo! ¡No hay temor de Dios! ¡Ni piedad para sus criaturas! (*Habla en voz baja, triste, reservada; pero en el silencio profundo que se hace a su presencia, se oye como la voz de un predicador*).

TODOS.—¡Ay, hermana Isabel...! ¡Si

supieras lo que ha pasado..., ese don Bernardo..., borracho..., impio...!

FELICIANO.—¡Ay, mi santa hermana Isabell

ISABEL.—Vamos..., cállense..., piensen en el pobre Juan Bautista, que está luchando con las ansias de la muerte... ¡Si me hubieran hecho caso, nada de esto hubiera pasado! Pero ustedes, empeñados en cosas del mundo..., médicos, escribanos... ¡Estas son cosas de Dios y Dios solo las resuelve!

TENIENTE.—(*Voz baja, entre dientes*).—¡Fíate de Dios!

ISABEL (*que parece haber oído*).—Hay que fiar en Dios, si señor. ¿No es eso, don Aparicio?

DON APARICIO.—(*Voz tonante de gánán*).—¡Sí, señora, hay que poner toda la confianza en Dios!

ISABEL.—¡Feliciano!

FELICIANO (*acudiendo*).—¿Que quiere mi santa hermana Isabel?

ISABEL.—Paga a esos señores y que se vayan..., estas son cosas de familia, después me dirás el importe de la cuenta..., llévate a Benigno y... a ese..., al teniente...

FELICIANO.—Señores... ¿quieren ustedes seguirme? Tú también Benigno... Tú también Antonio... vengan...

ISABEL.—¡Aurora!

AURORA.—¿Qué quieres?

ISABEL.—Ve con nuestras hermanas a la alcoba del pobre Juan Bautista, arrodilladas y rezando..., no piensen en otra cosa...

DOÑA FRANCISCA.—¡Eres una santa! (*Todos salen, quedando la santa y el cura; parece que la casa es un cementerio, tan grande es el silencio.*)

\* \* \*

ISABEL.—¿Cree usted que todo está arreglado, don Aparicio?

APARICIO.—Todo..., pues no faltaba más...; dispuestos a cumplir la ley de Dios...

ISABEL.—Dígales que pasen. (*El cura sale, y ella por un viejo hábito de orden arregla la habitación: cuando el cura entra con las dos mujeres y el niño, Isabel está sentada.*) Entren, entren y siéntense...

TÍA CATALINA. — Buenas noches tenga su merced...

MARÍA DEL PINO.—Buenas noches, señora...

ISABEL.—Buenas noches...

APARICIO.—(*Voz de mando.*) A sentarse..., no tengan miedo...; aquí nadie se las va a comer...

CATALINA.—Ya sabemos que el ama es muy buena...; siéntate, mi hija.

ISABEL.—¿Ese es el niño?

LA LEY DE DIOS

PINO.—Sí, señora; está dormido...

CATALINA.—No hace más que ma-  
mar y dormir...

ISABEL.—¿Qué edad tiene?

PINO.—Un año por la Naval...

CATALINA (*descubriéndole*).—Mírelo,  
señora; ¿no se le parece a su padre?

APARICIO.—¡Vamos al asunto!

PINO.—El pobrecito se ha asusta-  
do...

CATALINA.—¡El señor cura tiene una  
voz...!

ISABEL (*cubriéndolo*).—Dios lo haga  
un sano. (*Un silencio.*)

PINO (*muy bajo*).—¿Y... (*Va a decir:  
¿y el padre...?*) ¿Y... don Juan Bau-  
tista?

ISABEL.—Muy mal está... ¡Dios le  
proteja!

CATALINA.—Dicen que no tiene co-  
nocimiento...

ISABEL.—¿Quién lo podría decir? Parece que está dormido...

CATALINA.—Como el hijo... (*Pino aprieta al chico contra su seno, instintivamente.*)

APARICIO.—Ya le he dicho, tía Catalina, que es necesario no hablar más de padres ni de hijos...; no hay que estar jugando con el pecado...; haga usted como su hija...

CATALINA.—Tiene razón, señor cura...; es cosa de la costumbre..., como don Juan Bautista siempre le llamaba así...

APARICIO.—Malas costumbres..., malas costumbres... (*Pausa larga. El padre y el hijo duermen. Pino tiene miedo y está pendiente su oído de los ruidos interiores; sus ojos se distraen del hijo a la puerta por donde se va al dormitorio.*)

ISABEL.—¿Y tú estás conforme?

CATALINA.—Sí, señora...; el señor cura nos ha dicho lo que tiene que hacer.

ISABEL.—Déjela usted, tía Catalina...; déjela que responda por sí misma.

CATALINA. — Habla, mujer...; ¿no oyes que la señora te pregunta?

PINO.—Yo estoy conforme con todo lo que mande la señora. (*El cura aprueba.*)

ISABEL.—No, no es eso. Yo no mando...; yo soy tu ama, pero éstas no son cosas que se mandan como ir a lavar la ropa... Esto es otra cosa. Es cosa de conciencia. ¿Qué te dice a ti la conciencia?

CATALINA.—¡Responde, mujer!

ISABEL.—Vamos, dí, ¿qué te dice la conciencia?

CATALINA.—Parece que eres bo-

ba..., tan bien que sabes hablar, y ahora te callas...

APARICIO.—Pues le dice que ha sido muy mala..., que ha cometido un pecado y que está siempre arrepentida.

ISABEL.—¿Es eso, María del Pino?

PINO (*con la cabeza baja*).—Sí, señora...

ISABEL.—Pues si es así, tienes la obligación de reparar la falta, de evitar que el pecado sea más grande y más negro, ¿no es eso?

PINO.—Sí, señora...

ISABEL.—Tal vez se te habrá ocurrido, tal vez alguien te habrá dicho que... ese niño tendría derechos a la fortuna de don Juan Bautista, mi hermano.

CATALINA.—Nunca faltan diablos tentadores...

APARICIO.—Lo que yo he dicho.



Toda esa gentuza que viene brindando protección es por su interés de ellos...; lo menos que ellos piensan es en favorecerla, sino en meterla en líos de curias para hacer su agosto y molestar a una familia honrada. ¿No te he dicho eso?

PINO.—Sí, señor.

ISABEL.—¿Y qué has decidido? Porque tú eres la que tienes que decidir. *(Pino, con los ojos dilatados, mira hacia la puerta donde agoniza Juan Bautista.)* Vamos, mujer, responde... ¿Qué te pasa?

PINO.—¡Escuchen! ¿No oyen? *(Efectivamente, se oye un murmullo lejano y tenue.)*

ISABEL.—Son mis hermanos que rezan... *(Silencio... Ella también reza en voz baja. El cura se levanta y cierra la puerta.)* Amén... Con que vamos a ver hija mía: ¿qué decides?

PINO.—Lo que usted mande, señora; lo que quiera...

APARICIO.—Es una buena muchacha...; ya hemos hablado; yo he redactado la declaración... (*Sacando un pliego.*)

ISABEL.—Espere, don Aparicio. No te aflijas...; vamos..., tú tienes confianza en mí...

PINO (*con toda el alma*).—¡Oh, sí, señora!

CATALINA.—¡Sí, señora: su merced es una santa! ¡Don Juan Bautista lo decía siempre!

ISABEL (*un poco fuera de quicio*).—Hágame el favor, tía Catalina, de hablar lo menos posible, y sobre todo de no mentar a mi pobre hermano. Usted ha tenido más culpa que esa pobre muchacha...

CATALINA.—¿Yo, señora?

ISABEL.—Usted, sí: si hubiera usted

cuidado y aconsejado a su hija no hubiera llegado este caso...

CATALINA.—Señora, usted no conocía a don Juan Bautista. ¡Cualquiera le atajaba cuando se le ponía en la cabeza un capricho!

APARICIO.—Lo que fué, fué. Dios tenga misericordia de los pecadores.

ISABEL.—Tiene razón, señor cura. *(Se recoge en silencio.)* ¿Tú no crees, verdad, María del Pino, que esta casa que fabricó mi padre y donde todos nosotros hemos nacido, y esos campos, y esos estanques, y esas acequias, toda esta bendición de Valsendero pueda ser de tu hijo y tuya?

PINO.—¡Oh, no, señora!

ISABEL.—Aunque ese niño fuera de Juan Bautista...

PINO.—¡Por la santísima Virgen del Pino, que lo es, señora!

CATALINA.—¡Su hijo..., de su propia

sangre...; mi hija es una mujer formal!

APARICIO.—¡Silencio, silencio! ¿No he dicho que no se hable de eso?

CATALINA.—Pues si dicen...

APARICIO.—¡Silencio repito!

ISABEL.—Pues... aunque lo fuese..., es un hijo concebido en pecado como las bestias..., no es el hijo del matrimonio consagrado por la Iglesia...

APARICIO.—Eso es.

ISABEL.—Nunca podrá aspirar al derecho divino que tienen los hijos legítimos de heredar a sus padres.

APARICIO.—Eso es.

ISABEL (*con gran dureza*).—Esta casa, esta hacienda, todo lo de mis hermanos, que era antes de mis padres, pertenece a mi familia, a mí, a mis hermanos, y a nuestra muerte pasará a sus hijos legítimos, y de ellos a los nietos, de generación en gene-

ración. (*Un gran silencio.*) ¿Estás conforme?

PINO (*besando al chiquillo*).—Sí, señora.

CATALINA.—Bueno...; pero me dijo el señor cura...

ISABEL (*con su voz natural*).—Cállese usted, tía Catalina. Esta pobre criatura no quedará abandonada; no, señor. Eso no sería cristiano.

CATALINA. — ¡Su merced es una santa!

ISABEL.—¿Cuánto me dijo usted, don Aparicio, que... convenía entregar a esta muchacha?

APARICIO.—Yo creo..., después de pensarlo bien..., calculando en conciencia..., ¿qué le parece a usted de la casita que está a la vera del camino Real, muy propia para posada, con el huertecito para cría de cerdos, y tres mil setecientas cincuenta pesetas?

CATALINA. — ¿Cuántos pesos son esas miles de pesetas?

APARICIO. — Son mil pesos del país.

ISABEL (*después de un gran silencio, midiendo las palabras*). — ¿No les vendría más, en vez de esa casa y ese huerto, tomar otras tres mil setecientas cincuenta pesetas..., otros mil pesos? Siento una repugnancia, que no puedo remediar, al dedicar un pedazo de tierra a este... asunto. El dinero es de todo el mundo, pasa de mano en mano; la tierra es cosa nuestra. (*No habla para los presentes; habla con otros seres lejanos.*) Es nuestro cuerpo y nuestra alma; es como el apellido... (*y se calla*). Bueno. ¿Qué te parece mi proposición? Dos mil pesos.

PINO. — Lo que madre quiera.

ISABEL. — ¿Está conforme, Catalina?

CATALINA. — Si esa es la voluntad de Dios y de la señora...

APARICIO.—Si es, mujer; es la voluntad de Dios. No hay que pensar más. Aquí está la declaración. Voy a avisar a los dos testigos, Lucas el sacristán y Santiago el mayor.

ISABEL.—Y yo, a traer el dinero.

CATALINA.—No se moleste su merced...; otro día...; hay confianza...

ISABEL.—No; ahora mismo. Esto debe terminarse esta noche.

\* \* \*

*(Las dos mujeres, madre e hija quedan solas. Por la puerta, que dejó abierta doña Isabel, se oye el rezo lejano de las mujeres que ayudan al moribundo. Las dos atisban con ojos de espanto.)*

CATALINA *(en voz baja)*.—¡Están rezando! ¿Se habrá muerto...? No me parece... Don Juan Bautista se morirá al

salir la luna... No te aflijas hija; *toos semos* hijos de la muerte... Dos mil pesos... Así están mejor las cosas... No llores, mujer...; piensa en la criatura...; le vas a dar de mamar alcíbar... ¿Qué te pasa?

PINO.—Tengo miedo, madre...; *paeece* que voy a ver entrar a don Juan Bautista...

CATALINA.—No seas tonta...; reza...; reza por su ánima... (*Las dos rezan en voz baja.*)

ISABEL (*entrando como una sombra, y cerrando la puerta, trae dos talegos con dinero*).—Así me gusta...; rezando...; eso pacifica... Aquí está el dinero... en duros..., en paquetes de quince...; vamos a contarlos.

CATALINA.—¡Si no es preciso! Si su merced los contó, bien contado está.

ISABEL.—No, las cosas como Dios manda. (*Y sobre la mesa extiende los*



*paquetes envueltos en papel de estraza. Ella y Catalina los cuentan).*

APARICIO (*con los dos labriegos*).—Aquí estamos, se habían dormido en el pajar.

LUCAS.—Buenas noches, mi señora doña Isabel...

ISABEL (*contando*).—Buenas noches, Lucas.

SANTIAGO.—Buenas y santas, señora.

ISABEL.—¿Cómo está su mujer?

SANTIAGO.—Siempre rabiando...

ISABEL.—Todo sea por Dios. Siéntense. Ya saben que les agradezco mucho la caridad que nos hacen...

LUCAS.—Es con voluntad...

SANTIAGO.—Siempre estamos a lo que guste mandar su merced.

ISABEL.—Lea usted, señor cura.

APARICIO.—Atiendan. Usted también, tía Catalina:

«En el lugar de Valsendero, a diez  
 »y seis de octubre de mil novecientos  
 »diez y seis, y ante mí, el cura párro-  
 »co de Andux, comparece espontá-  
 »neamente María del Pino González y  
 »Mirón, soltera, hija de Francisco, ya  
 »difunto, y de Catalina, y después de  
 »juramento en forma, como católica,  
 »apostólica, romana, de cuya grave-  
 »dad le amonesto, y dice estar entera-  
 »da, declara: que cumpliendo deberes  
 »de conciencia, y en evitación de da-  
 »ños que puedan irrogarse a la socie-  
 »dad y de pecado a su alma, que quie-  
 »re para Dios que fué su criador, con-  
 »fiesa que su hijo Juan Bautista Gon-  
 »zález, por ella reconocido, según  
 »consta en la partida bautismal de esta  
 »parroquia al libro primero, folio cien-  
 »to cinco, no ha sido habido de rela-

»ciones ilícitas con el señor don Juan  
 »Bautista López y Acebedo, con el  
 »cual declara, de hoy para siempre y  
 »bajo la fe del juramento hecho, que  
 »nunca tuvo otras relaciones que las  
 »de una buena amistad y agradeci-  
 »miento por favores recibidos. Y ente-  
 »rada por mí de que esta declaración  
 »ha de ratificarse ante el señor provi-  
 »sor de la Diócesis y por ante el no-  
 »tario eclesiástico, para que conste en  
 »todo tiempo, la afirma y aprueba en  
 »todas sus partes, no firmándola por-  
 »que dice no saber. Hácelo a su nom-  
 »bre uno de los testigos rogados y lla-  
 »mados al efecto, que lo son don... y  
 »don...» (*Muy contento y muy fresco,*  
*esperando el aplauso de la concurren-*  
*cia.)* ¿Están todos conformes? ¡Corto  
 y severo! Está todo y no sobra nada.  
 ¿Le parece bien, mi señora doña Isa-  
 bel? (*Esta no responde sino con la ca-*

*beña, está contando el dinero con Catalina, que lo guarda.)* ¿Y a usted, Catalina?

CATALINA (*que no ha entendido*).— Sí, señor; muy bien.

APARICIO.—¿Y tú, niña?

PINO (*con un arranque cívico*).—Mi hijo es don Juan Bautista. ¡Así vea mi alma en el cielo!

ISABEL (*se detiene, e instintivamente echa mano del dinero que está en poder de tía Catalina*).—¿Qué dices?

CATALINA.—¿Y quién te dice que no? ¿Quién lo sabrá mejor que tu madre? Pero eso no quita que hagas eso..., eso que dice el señor cura.

APARICIO.—¿En qué quedamos? ¿Están conforme o no con lo que dice la declaración? ¡Aquí no estamos para aguantar caprichitos de niña!

PINO.—Sí, señor cura, yo estoy conforme...; en eso estamos..., eso es lo

convenido...; pero yo quiero que ustedes sepan que mi hijo...

APARICIO.—¡Bah, bah, bah! Ya lo sabemos. Nada, señores, a firmar. Usted, Lucas, que escribe más aprisa, ponga la antefirma: «por mí y por la declarante, no saber firmar». (*Siguiendo con la vista, doña Isabel afloja la mano, y el dinero pasa a las de tía Catalina.*) Eso es; ahora su firma, como usted acostumbra.

LUCAS.—¿Está bien?

APARICIO.—Perfectamente. Ahora usted, Santiago..., aquí..., vaya despacio..., no se ponga nervioso. Eso es.

SANTIAGO.—Estoy sudando, señor cura; la *farta* de costumbre.

APARICIO.—Está bien..., está bien..., la rúbrica..., una raya...; muy bien.

SANTIAGO.—¡Uf! (*Soltando la pluma como un hierro candente.*)

APARICIO.—Ahora, yo. (*Se sienta y*

*firma como un juez, satisfecho de su obra.*) Finis coronat opus. (*Levantándose*) La enhorabuena, doña Isabel; la enhorabuena, María del Pino.

ISABEL.—No me olvidaré de tu hijo. Críalo en el santo temor de Dios y de los hombres.

CATALINA (*riendo, con los dos bolsos en la mano*).—Por fortuna, es hombre, y no tiene por qué temerles. ¿No es verdad, mi hijo? (*Los testigos rien serenamente.*)

SANTIAGO (*riendo*).—¡Mardita vieja!

FELICIANO (*en la puerta, los brazos al cielo, voz de duelo*).—¡Ay, mi santa hermana Isabel! ¡Nuestro pobre hermano Juan Bautista ha muerto!

ISABEL.—¡Dios lo tenga en su gloria! (*Se abrazan; después, lentamente, desaparecen; los dos testigos se acercan a la puerta curiosamente. Madre e hija se levantan con el niño en brazos; están*

## LA LEY DE DIOS

*junto a la ventana, por donde entra un rayo de luna.)*

CATALINA.—¿Lo ves? Se ha muerto al salir la luna. *(Aferrados sobre el pecho los dos talegos de dinero. Pino ha abrazado, llorando en silencio, al niño, que despierta.)*

APARICIO.—Bueno, váyanse. ¡Hola! Se ha despertado y se ríe. ¿De qué se reirá este angelito? Vaya, mujer, no llores...; ya ves como el chiquillo se ríe. Vaya, formalidad. Ahora a hacer una buena vida..., a seguir el camino que marca la ley de Dios.

FIN



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
BIBLIOTECA



\* 6 6 0 3 6 6 2 6 8 2 \*